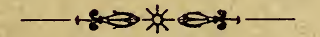
9402

JOSÉ LÓPEZ SILVA y JULIO PELLICER

RAYO DE SOL

COMEDIA

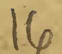
en dos actos y en prosa, original



Copyright, by J. López Silva y J. Pellicer, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909



RAYO DE SOL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

RAYO DE SOL

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ LÓPEZ SILVA y JULIO PELLICER

Estrenada en el TEATRO LARA el 1.º de Mayo de 1909



MADRID
R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1909

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARUJA	SRA.	ORTIZ.
CAROLA PINEDA	SRTA.	BREMÓN.
ISABELITA RÍOS		PARDO.
NATI		ALBA.
CELINA		LATORRE.
REMEDILLOS		TOSCANO.
DON RICARDO RÍOS	SR.	RUBIO.
PEPE RAMÓN		PUGA.
DON MIGUELITO		SIMÓ-RASO.
PERICO PINEDA		BARRAYCOA.
GUSTAVO DAUBIGNY		ROMEA.
LOSADA		MORA.
ARROYO		SIMÓ-RASO.
MARTÍNEZ		MATA.
SALERITO		PACHECO.
UN MAYORAL		SIERRA.

Señoras y caballeros

Excepto *Maruja, Martínez* y *Daubigny,* los otros personajes hablarán con acento andaluz ligero y fino, puesto que casi todos pertenecen á lo *principalito* de la ciudad, y algunos á la nobleza. *Remedillos, Salerito* y *Nati* deben marcarlo mucho, y más aquellos que ésta.

La acción en Córdoba —Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Decoraciones de los Sres. Amorós y Blancas.

ACTO PRIMERO



Huerta de recreo en la sierra de Córdoba.

A la derecha, en el primer término, un árbol corpulento, cuyas ramas se extienden por la escena; cobijado por ellas, y cerca del tronco, un veladorcito y algunas sillas. En el segundo término, vereda de entrada; la bordean naranjos, macizos de flores y setos de boj.

A la izquierda, la fachada de la vivienda, rica, ostentosa, de un solo piso y de estilo árabe. A uno y otro lado de la puerta, ventanas en forma de ajimez y con vidrieras de colores, así como la puerta.

En el fondo, á todo lo largo, un pretil de poco menos de un metro de altura; tras él, extiéndese, en pintoresca perspectiva, el

6C99f0

paisaje de la sierra, muy lozano, muy alegre. Lejos, muy lejos, las torres y el caserío blanquísimo de la ciudad.

Sillas y butacas de jardín.

Es en las horas primeras de una hermosa tarde de los comienzos de Mayo, y el sol brilla con luz africana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón sale de la casa REMEDILLOS, una criadita, pizpireta y muy extremeda en sus zalemas. En una bandeja trae varias tazas para café, un azucarero, botella de «cognac», copitas, etcétera; lo coloca todo sobre el velador, cuando suena, en la entrada de la huerta, el vivo repiqueteo de una campana. PERICO y CAROLA, por el segundo término de la derecha

CAR. (Dentro aún, como hablando con alguien.) Grasias... No se moleste.

PER. Sabemos el camino.

CAR. (Apareciendo.) ¿Y tus señores?

REM. Armorsando, señorita. Pero ya están con e úrtimo plato..., ¡amos! la conversasión. (Ingenuamente.)

CAR. Entonses me siento.

REM. Si quién ostedes, les aviso á los señores.

PER. Esperaremos. (Con resignación cómica.)

CAR. ¿Toman aquí el café?

REM. Dende que vino la señorita forastera, sí señora, señorita. ¡Le gusta recrease mirando esas sierras!

(Dentro, en la casa, tocan en el piano la «Serenata» de Schubert.)

CAR. (Despues de escuchar un momento.) ¿Quién toca? ¿La señorita María?

REM. De juro, porque siempre está er señorito Pepe porfiándole.

CAR. (Sorprendida.) ¿Pepe?

REM. Se pasan las horas de contino con la mesma tocata. Er señorito, ¡uy! se *traspone* oyéndola... Y es quer señorito Pepe y er señorito mayó..., ¡amos! don Ricardo, siegan los dos por la señorita Maruja.

CAR. ¿Sí, eh? (Un poco nerviosa.)

REM. ¡Y con rasón, que no se le pué hablá dos menutos sin quererla deseguía!

CAR. (Sin convicción.) Simpática, sí parese.

REM. ¡Y mu güenísima!... Dende que vino, que ya va cuasi par mes, se trajo con eya la alegría der mundo. ¡Tó lo ha cambiao en esta casa! Jasta er señorito Pepe anda asín..., ¡amos! más formalito y más arrecogío... (Acaba la música y se oyen aplausos, bravos, etc.) ¡Es la gloria e Dios! (Impaciente por ir á tomar parte en el holgorio de dentro.) ¡Miosté, miosté la garata que se traen los señores! ¿Les aviso?

PER. No, déjalos.

REM. ¡Ea! pos con su lisensia de ostedes, señoritos. (Entra en la casa.)

ESCENA II

CAROLA y PERICO

CAR. ¡Les ha entrado fuerte la forastera! (Golpeando en el suelo con la sombrilla.)

PER. (Irónico.) ¿Qué, selitos ya?

CAR. ¡Qué chocante eres, hijo!

PER. Sí... ¡Y tonto! de añadidura. Por eso no he olido que aquí te trae *algo* de más sustansia que la fiesta misma: ¡Pepe Ramón!

CAR. (Azorada.) ¡Perico!

PER. ¡No te hagas ilusiones, hermana!... Ya ves, hasta se han *olvidado* de tí al nombrar las presidentas... ¡Ay! (Suspirando cómicamente.) nos conosen todos, y no nos tragan... Nos toleran, ¡qué es bastante!

CAR. ¡Calla! (Al oir el run run de los que llegan.)

ESCENA III

DICHOS, ISABEL, DON RICARDO y PEPE RAMÓN, que salen de la casa

ISAB. ¡Jesús! ¡Vosotros! (Besando á Carola, pero sin gran afecto.)

PER. ¡Hola, tío!

RIC. ¡Hola... punto!

ISAB. (Con gravedad cómica.) ¡Imponente señor don Perico, se te saluda! (Haciéndole una ceremoniosa genuflexión de minué.)

PER. (Lo mismo.) Se te corresponde, Isabel.

(Se oye reir dentro á Maruja, y aparece Pepe Ramón, que habla con ella desde la puerta, encendiendo mientras un habano.)

PEPE Sí, Marujilla, sí; lo que tú mandes. (Con ostensible inquietud mira Carola hacia donde Pepe está, en el momento en que éste vuelve la cabeza y la ve.) (¡Ella!... ¡Qué hermosa!)

CAR. ¡Pepe Ramón! (Le tiende la mano, que Pepe estrecha con vivo agrado.)

PEPE ¿Qué tal, primilla?

CAR. (Irónicamente.) ¡Contentísima!... contigo, y con todos los organisadores de la corrida de toretes y sintas.

PER. ¡Buena la tienes!

PEPE ¿También tú? Estoy de presidentas, de señoritas que bordan sintas, de señoritos que las corren, de tabarras y chinchorrerías, hasta el pelo.

PER. (Con zumba oculta y enfático.) No hay más remedio. ¡Todo por los pobres y para los pobres!

PEPE ¡Dichosas fiestas de caridad! Debíamos suprimirlas; y á los pobres por de contado.

RIC. Los pobres nos son muy nesesarios, Pepe.

CAR. ¡Muchísimo! Yo, en cuanto hablan los periódicos de catástrofes y muertos, ya estoy disponiéndome para bailar... á benefisio de las víctimas.

RIC. (A Pepe.) ¿Ves? Si no los hubiera, ¿con qué pretexto iba á divertirse esta?

CAR. Hipocresías aparte, lo esensial es divertirnos.

ISAB. Para tí, lo más esensial. (Entre burlas y veras.)

RIC. (Intencionado.) ¡Por Dios, Isabelita! No va la muchacha á entregarse ya al recurso de todas las solteronas: haser ganchito y ensartar en cada punto una ilusión perdida.

PER. Antes, como se pueda, hay que *ensartar*... un marido. Yo lo comprendo, y me desvivo por acompañarla, y me sacrifico... ¡á ver si me deja libre de una vez! ¡Bueno! Ahí os la

endoso hasta luego. Yo me vuelvo á Córdoba para traer á los de la comisión. Me están esperando.

RIC. Anda con Dios, buena piesa.

PER. (A Pepe.) (¿Quieres algo... (Guiñándole.) para allí?)

PEPE (No.)

PER. (Te advierto que la mujer de Losada está que bufa contigo.)

CAR. ¿Se... cre... teamos?

PEPE No... nada.

PER. ¡Ah! Don Miguelito que tenga listas las actas, Pepe. Hasta luego, ¿eh? (Mutis por la vereda de entrada.)

ESCENA IV

DICHOS y MARUJA, que sale de la casa riendo, y trae una cafetera, que deja sobre el veladorcillo. Después un MAYORAL, dentro. Al final DON MIGUELITO

MAR. ¡Ja, ja! ¡Qué criatura! (Apareciendo.) ¡Ay! ¡Cuánto bueno por aquí! (Al ver á Carola, que acude á besarla, contrastando su despego con la efusión de Maruja.)

CAR. ¡Hola, Maruja!

RIC. Pero muchacha... ¿cómo te han dejado traer eso?

MAR. Le temí á Remedillos. Con ella me reía.

PEPE (Nesesito hablarte, Carola.)

CAR. (Luego.) (Disimulando y sirviéndole azúcar.) ¿Dos terrones?

PEPE ¿Y tú? ¿Dos también? (Sirviéndola á su vez; mientras, Carola echa el café para don Ricardo y luego para ellos.)

ISAB. ¡Os derretís, hijos!

(Muy lejano se oye el cascabeleo de una diligencia, entreverado con el cántico del mayoral.)

MAY. *Vaya á la sierra...*
vaya á la sierra...
er que quiera madroños
vaya á la sierra,
que se están esgajando
las madroñeras.

MAR. ¡La diligencia! (Con júbilo infantil, corriendo hasta el fondo para verla pasar.)

ISAB. Te embobas, niña.

(El cascabeleo, los trallidos del látigo y los gritos enérgicos con que alegra el mayoral á las bestias, se oyen ahora más intensos, más cercanos, como si el vehículo cruzase ante la huerta; poco á poco van extinguiéndose, en la distancia, las voces y el repicar de los cascabeles. Muy lejos, casi como un eco, vuelve á oirse la copla del mayoral.)

MAY. ¡Riá!... ¡Riá, riá, riá!... ¡¡Gayardaaa!! ¡¡Caprichosa!! ¡¡Juy, juy, Moritaaa!!... ¡Valiente!... ¡Riá!... ¡Riá, riá, riaaa!

MAR. ¡Qué bonito! Ese estrépito de voces y cascabeles que rompe, de pronto, el silencio de estos campos, me causa un regocijo loco. ¡Dan ganas de correr, correr mucho, tras esa alegría que se va!

ISAB. En efecto, te embobas, Maruja.

MAR. No puedo remediarlo. Tengo pasión por el campo

CAR. Pues á mí, el paisaje, sin figuras, no me dise nada. Nesesito quien lo anime, hija. (Mirando á Pepe, amorosa.)

ISAB. Y Maruja lo mismo. ¿No has oído las ganas *de correr* que le entran?

CAR. (Intencionada.) ¡Apropósito! Ya se saben, y se comentan, vuestras *carreritas* de esta mañana, en Córdoba.

MAR. ¡Por Dios!

RIC. No te alarmes. Las chismorrerías y los comadreos resultan males endémicos en todas partes. Y sobre todo aquí, donde las gentes son tan afisionadas á la tijera, que si no tienen á quién despellejar.. van á confesarse.

MAR. Si sólo estuvimos en unos comercios.

CAR. Y ya suponen que te equipas. (Con retintín.)

ISAB. No. Soy yo, que para la feria me visto de largo. ¡Y tengo unas ganas...!

CAR. (Riendo.) No lo jures.

RIC. ¡Isabelita!

ISAB. ¡Pero si es la verdad! Si así voy llamando la atensión... Comprendo que las mamás, para no descubrir los años que tienen, retarden el

poner á sus hijas de largo; pero tú, papaíto, (Abrazándole, mimosa.) no supongo que ahora te dé por coquetear.

RIC. ¡Quita!

ISAB. ¡Ay! Ese trosito de tela me hase muchísima falta. Para nosotras es como el alquila en los coches: la señal de estar disponibles.

PEPE Nena, no seas loca.

RIC. Ni desatines, Isabel.

ISAB. ¡Loca! Y muchas veses debía ponerme como la grana... ¡Paso cada sofoco!.. Sobre todo con los viejos... ¡Son los peores!

RIC. ¿Qué dises?

ISAB. Nada. (A Carola.) Anda, vamos adentro, y verás qué modelos de moñas. ¡Son un encanto! Maruja y yo nos lusimos como presidentas.

CAR. (Con despecho.) ¡Ah! Maruja también...

MAR. Se empeñó Pepe...

CAR. No todas pueden vanagloriarse de lo mismo. (Devorando su despecho.)

ISAB. ¡Sí! Contamos con las simpatías del presidente. (Por Pepe.)

CAR. (Insidiosamente.) ¡Qué suerte, hija!

PEPE ¡Por Dios, Carola!

CAR. ¡Calla, calla, que no quiero desirte todo lo que te mereses!

PEPE ¿Yo?

CAR. ¡Tú, so antipático! Anda, Isabelita, vámonos antes que me desate... (Ambas muchachas corren hacia la casa y tropiezan con don Miguelito, que trae unos papeles en la mano; Carola se los echa por alto de un manotazo.) ¡Ay! Apártese usted, estorbo. (Mutis.)

ESCENA V

MARUJA, DON RICARDO, PEPE RAMÓN y DON MIGUELITO. Es un vejete, tiesecillo, de expresión bonachona y ceremoniosos modales; en todos sus conflictos y antes de responder á las preguntas que le dirigen, medita, se rasca la cabeza con el índice derecho y guiña los ojuelos. Sumiso siempre, procura hacerse simpático á todo el mundo; cuando le reprenden por los despropósitos que de continuo comete, se anonada, se entristece, gimotea y prorrumpe en amargas

lamentaciones. Viste ropa muchas veces recompuesta y de modas atrasadísimas, pero todas las prendas muy limpias, cuidaditas y cepilladas

MIG. ¡Demontre de criatura! (Malhumorado, recoge los papeles y al ordenarlos vuelven á caérsele algunos; esto le desconcierta y sulfura.) Desvívase usted, reviéntese usted, mátese usted y ahora... ¡Cáete, anda! ¡Y tú!...

PEPE ¡Adiós!

MAR. (Acude y le recoge los papeles.) No se apure, don Miguelito. Déjeme usted á mí.

MIG. De ninguna manera .. No puedo más, Ricardito. (Viniendo hasta él.) ¿Tú sabes lo que he trabajado? Me dió hoy la manía clasificadora, y lo he revuelto todo.

PEPE Seguramente.

MIG. ¡Natural! Como que he dividido las ofisinas en ministerios.

RIC. ¡Don Miguelito!

MIG. Es la gran idea. ¡Fíjate! Rentas, gastos, etsétera... *Hasienda;* asuntos políticos, *Gobernasión;* recomposisiones de la barquita del estanque, compra de patos y peses de colores, *Marina;* y en *Guerra*, los guardas jurados y las facturas de la modista. (Muy orondo.) ¿Es una idea?

RIC. (Riéndose, por no romperle algo.) ¡Te hierve el talento!

MIG. Grasias... ¡Ay, qué mañana, Ricardo! ¡Qué noche la de anoche, Pepe!

MAR. (Entregándole á don Miguelito los papeles.) Aquí tiene usted.

MIG. (Hojeando los papeles.) ¿Has visto qué criatura, Ricardo? Mira, mira qué ordenaditos los ha puesto, y eso que Carola los revolvió...

RIC. Ha venido hoy á eso; á revolverlo todo.

MIG. ¡Y á lusir... á lusir, Ricardito!

PEPE (Agrio.) Usted se calla.

MIG. ¡Perfectamente! (Resignado.)

PEPE Y que no pague la muchacha los vidrios rotos. Mi padre le tiene manía.

MAR. Son bromas. Tu padre, como todos, conoce sus muchos encantos.

RIC. ¡Como todos, sí! Sus vestidos son tan señiditos, tan... *francotes*, que no la visten: la esculpen.

MIG. ¡Hipnotisa! Con permiso de usted. (A Pepe, que le mira airado.)

RIC. Así, su corasón, parese una fonda; á cada tren, viajeros nuevos. Pero como todos los platos los aliña con *salsas fuertes*, los viajeros huyen escapados. ¡Y con rasón! Un porvenir de bicarbonato aterra siempre.

PEPE (Sin poder reprimir más su enfado.) No te quedes flojo... ni cambies de silindro. ¡Es muy bonito!

MAR. ¡Pobre Pepe! Le desesperan ustedes.

ESCENA VI

DICHOS y REMEDILLOS que sale de la casa con un cesto lleno de botellas de vino

REM. Señorita, con er premiso e los señores... ¡Miosté! Las boteyas yenas e porvo, y la Paula no ha consentío que las limpie. ¡Sale con qués la moa!

MAR. No te apures. Ya lo arreglaremos. (Riendo.)

RIC. Estais en grande con la señorita.

REM. ¡En la mesma gloria, sí, señó!

MIG. (Con entusiasmo creciente.) Marujita se le mete á uno en el corasón. Cuando entra en la ofisina, parese que entra un rayo de sol. ¡Todo lo alegra! ¡Y se pone á escribir con una elegansia, y moja la pluma con un ángel, y hase así con una monería!... (Como si sacudiera la pluma.) Mira. (Mostrando, encantado, unas manchas de tinta que lleva en la manga.)

MAR. Anda, Remedios; vamos, que no aguanto el chaparrón.

PEPE Espera. Que yo no me quedo sin voltear mi campana.

MAR. ¿Tú también? (Un poco ruborosa, pero con íntima satisfacción.)

PEPE ¿Piensas que no reparé en tus trajines caseros? ¿En tus bondades para con todos?

MAR. ¡Pero, Pepe!

PEPE ¿Y en tu pasiensia, para enseñar á la chicuela del guarda?

REM. Como que ya conose las menúsculas ese comino, y no tié más que dose años.

PEPE Don Miguelito asertó una vez en su vida: te metes en el corasón, y en el mío ahondaste mucho, Maruja. ¡No tienes un amigo mejor!

MAR. (Con desconsuelo) (¡Amigo!) (Su actitud de ahora contrasta con la viva satisfacción que las otras precedentes afirmaciones, y sus propios secretos deseos, le causaron.)

RIC. ¿Qué te pasa?

MAR. (Disimulando.) No.. nada... ¿Han visto ustedes el cenador dispuesto ya para el *lunch?*

PEPE Primoroso.

MAR. Mi manía son las flores, y las he prodigado.

MIG. ¡Ah! Pero con un arte supremo.

RIC. La huerta toda, desde que tú la cuidas, parese un canastillo de flores.

REM. Como que se jase asín (Aspirando.) y se quea una... *embarsamá.*

MAR. Anda, anda, habladora.

REM. Pos si es la verdá. Si en tocando á desí presonas güenas, se quea osté sola. (Se va por la derecha, primer término.)

PEPE ¡Dilo, muchacha!

MAR. ¡Ea! Se han empeñado ustedes en aburrirme con sus elogios, porque corro y bullo y río. ¿Hay en eso mérito? En el campo, como en el campo. ¡Estaría bonito que trajéramos aquí las murrias, los afanes y las empachosas etiquetas de la ciudad! Al campo se viene á gozar de la vida, como se goza de un bien; á ponernos frente á la Naturaleza, para simpatizar con ella, y respirar venturas, y ensanchar el corazón. Para eso madrugo y trepo hacia lo alto, hasta las cumbres, donde todo trasciende á mastranzos y tomillos, á salvias y azahares..., á olores sanos, porque son el aliento de la tierra florecida. Y allí, en una comunión del alma con la Naturaleza, bañados de sol por dentro y por fuera, sentimos, como nunca, el amor á lo noble, á

lo ingenuo, ¡al campo!... porque en el campo es la vida más sencilla, y la luz más pura, y eterna la alegría; que bajo este cielo tan hermoso y mirando á Dios cara á cara, las gentes, cuando tienen penas, no las lloran: las cantan. (Despues de una pausa breve y de mirarlos á todos.) ¡Vaya! Tan redondo como me ha salido mi parrafito lírico, y ahora, ni siquiera me aplauden ustedes... ¡Bobos! ¡Tontazos! (Riendo, se va por la derecha primer término.)

PEPE ¡Maruja!

ESCENA VII

PEPE RAMÓN, DON RICARDO y DON MIGUELITO

MIG. Ganas me han dado de meterme á pastorsito, solamente de oirla.

PEPE ¿Usted de pastor? ¡Adiós, poesía!

MIG. (Tirándose del chalcco con enfado.) ¡Bueno! (A don Ricardo, por los papeles.) ¿Puedo mandar esto?

RIC. A ver.

PEPE ¿Anotó usted los nombres de las muchachas que faltan por invitar?

MIG. La corrida de toretes, corresponde, corresponde... á *Instrucsión y Bellas Artes.* (Saca una cartera de notas y la hojca consultándola.) Sí, señor; lo anoté. ¿Se tocan las ventajas de mi reforma? ¿Qué me dises ahora, Ricardito?

RIC. Que nada de esto sirve, Miguelito.

MIG. (Perplejo.) ¡Cómo!

RIC. ¡Hasta faltas de ortografía!

MIG. (Sorprendido.) ¿Quée? (Se cala los lentes.)

RIC. Míralo. *Festival*, con *b* de burro.

MIG. ¡Natural!

RIC. Pero, hombre, *¿festival* con *b?*

MIG. (Percatándose de la falta.) ¡Ah! ¿Está con *b?* (Con indignación, tirando al suelo los lentes.) ¡Estos malditos lentes!

PEPE (Un poco molesto.) ¡Claro! ¿Y las actas? ¿Podremos firmarlas?

MIG. ¡Ah! Sí, señor... ¿Las actas? Todas... pero todavía no acabé ninguna.

PEPE (Amoscado, á su padre.) ¿Ves? Y cuando esos muchachos lleguen, ¿qué hasemos?

MIG. (Muy atribulado.) ¿Qué hasemos, Ricardo? ¡Dilo!

RIC. Tú, irte á escribir; y tú, Pepe, no tomarlo por la tremenda.

PEPE ¡Si nó hay pasiensia! Tu manía protectora nos pone en ridículo. (A don Miguelito, con acritud.) ¿A los carreristas, los sitó usted?

MIG. ¡A todos! Absolutamente á todos. Ya me conose usted... No hay que desirme más que media palabra...

RIC. Menos mal. Anda, anda.

MIG. Sólo he eliminado á los más locos, á los...

PEPE (Con enojo.) ¡Pero don Miguelito!

MIG. ¡Dispénseme usted! Los jóvenes son poco reflexivos, Pepe. Y esas sintas, emblemas de la caridad, se las regalan después á siertas... pindongas, que las hay. ¡Me consta! Y sin reparo las lusen en los sitios de mayor relieve.

PEPE (A su padre, estallando.) ¿Te convenses? Será muy santo socorrer desgrasias, pero á mí no me achicharra nadie la sangre, valido de tu compasión.

MIG. (Con profundo pesar.) Ya se nos incomodó Ricardo. Y ahora, don Miguelito se quedará sin destino, y tendrá que irse á un asilo...

ESCENA VIII

DICHOS, CAROLA é ISABEL, que salen atraídas por las voces de Pepe Ramón. Carola viene sin sombrero ni sombrilla

PEPE ¡No tendremos esa fortuna! Y como aquí es usted el soberano, usted lo resolverá todo á su capricho, mi señor don Miguelito.

MIG. (Suspirando entristecido.) ¡Ay!

CAR. ¡Pobre hombre!

RIC. (A don Miguelito.) Vente, y veremos de arreglarlo.

ISAB. ¡Eso! De acuerdo conmigo... ¡No se apure usted, don Miguelito!

MIG. Sí, sí.. Desvívase usted, mátese usted, y... ¡para qué, Señor! Este es el pago á tus sacrifisios; á tu lealtad, don Miguelito... ¡Ay! La ingratitud... me asesina, Ricardo; me asesina... ¡Ay! (Gimoteando, entra en la casa, precedido por Isabel y don Ricardo.)

ESCENA IX

CAROLA y PEPE RAMÓN

CAR. (Riendo.) ¡Te luses como presidente!
PEPE (Pretendiendo cogerle las manos.) ¡Carola!
CAR. (Un poco adusta.) Quita.
PEPE ¡Justo! Enfádate ahora conmigo. En cambio, para cuantos te galantean, tienes siempre, á mano, una sonrisa y una palabrita dulse.
CAR. ¿Qué hago entonses? ¿Los mato?
PEPE Es más fásil otra cosa: no oirlos.
CAR. Y menos molesto, hijo.
PEPE No hay muchacho, en Córdoba, que no haya tonteado en tu ventana.
CAR. ¡Verdad!
PEPE Son tantos, que tu reja parese un jubileo.
CAR. ¡Sí! Pero como no hay guapo que vuelva á la tersera noche, porque á la segunda reconosen su *equivocasión*, ya me llaman «la niña de las cuarenta horas».
PEPE ¡Y sin embargo, no quieres creerme!
CAR. Ni tú acabarás de comprender que mientras tus labios me mienten cariño, tus intensiones van por atajos y encrusijadas... ¡Te están hasiendo mucha falta... un par de noches, al pie de mi reja!
PEPE ¡No, Carola! (Apasionadamente.) Tú eres mi ambisión, mi deseo...
CAR. ¡Loco!
PEPE ¡Si tú me quieres también! (Mirándola en los ojos.) ¡Me quieres! (Con alegría y ternura grandes.)
CAR. (Dominada por él y con turbación.) ¿Yo?
PEPE ¡La verdad! ¿Nunca pensaste en mi cariño?

CAR. (¡Demasiado!) No sé cómo... ¡Soñando! Y del modo absurdo que se realisan en los sueños los despropósitos mayores, así... (Ríe.) ¡Qué tonterías!

PEPE Sigue, sigue, Carola.

CAR. Si es un desatino, un sueño.

PEPE (Con terquedad cariñosa.) Bueno, pues soñemos ahora.

CAR. Como quieras. (Con ingenuidad infantil y como echándolo á broma, aunque da escape á su pasión.) Ya estoy dormida... Y soñando, te creía; te creía, sí.

PEPE ¡Carola! (Exaltado, pretende asirle las manos.)

CAR. (Entre ofendida y mimosa.) Quieres que sueñe y me despiertas con tus locuras.

PEPE Te prometo no moverme. ¡Sigue!

CAR. ¡Sí! Te creía, porque yo significaba para tí, algo más que tus escopetas ó tus caballos; te creía, porque tú no me juzgabas como esas gentes que suponen hábiles recursos, lo que solo es irreflexión, juventud y alegría sana.

PEPE ¡Sí!

CAR. (Habla con arrobo, acariciando una ventura que cree perdida.) Y se juntaron nuestras vidas...

PEPE ¡Acaba!

CAR. Y éramos tan felises, ¡tanto! que nuestra dicha—como dicha, al fin, de ambisiosos—quiso volar, volar libre... y allá fuimos con ella á correr el mundo, orgulloso tú de mi cariño, segura yo de que nadie me robaba el tuyo.

PEPE ¡Alma mía! (Estrechándole las manos en un arranque de pasión; al mismo tiempo suena la campana de la entrada.)

CAR. Vienen. ¡Despierta, Pepe! Es la realidad que nos vuelve á la vida. Despierta, antes que nuestro sueño acabe en pesadilla.

PEPE (Con vehemencia.) ¡No! si ha de ser... Te quiero, ¡te querré siempre!

CAR. ¡Siempre! ¡La mentira eterna!

PEPE ¡Me volverás loco! (Con amoroso desconsuelo.)

CAR. (Suplicante.) Déjame. (Se va por el primer término de la derecha.)

ESCENA X

PEPE RAMÓN; por la vereda de entrada CELINA y NATI

Son madre é hija: ésta es una pava vulgar, muy sosa, de las que materialmente «se pisan» la asadura; aquélla habla y acciona de modo vivo, y en sus modales, entrometimientos osados y continuos alardes de riqueza, se retrata la burguesota de baja extracción social. Aunque visten las dos con lujo costoso, sus trajes están desposeídos de sello personal y denuncian á la modista barata, que de modo torpe remeda los figurines más extraordinarios.

NATI — (Al aparecer.) (¡Ay! El condesito... ¡Niña, ponte espigá!) (Avanzando.) Buenas tardes.

PEPE — ¡Señora!

NATI — Osté tan simpático como siempre, don Pepe Ramón.

PEPE — (Maquinalmente y mirando hacia donde se marchó Carola.) Sí, señora. Muchas grasias.

NATI — Niña, saluda á don Pepe Ramón. (Lo hace Celina.) ¡Esta criatura tiene una sangre más gorda!

PEPE — (Ofreciéndoles sillas.) Tomen asiento.

NATI — Siéntate, niña. (¡Y ponte espigá!) Estoy lo que se dise molía .. Y eso que hemos venido en coche.

CEL. — ¡De tres caballos!

NATI — En un *órnibus*, sí, señor. Y con el traqueteo y con los *vaivienes*... ¡Se va osté á reir! Pero en cuanto me monto en un coche, como si fuera en el tren, deseguia me mareo, y... (Se calla al sentir el codazo que le da su hija.)

PEPE — ¿Quiere usted un frasco de sales, algo..? Avisaré.

NATI — Grasias. ¡Qué amable!

PEPE — De todos modos avisaré á las niñas.

NATI — ¡Y poquito que se alegrarán!

PEPE — (Irónico.) ¡Mucho! Si las echan á ustedes de menos.

NATI — (Muy oronda.) Bien te lo desía yo, niña. Nos echan... nos echan de menos.

PEPE — Con su permiso. (Medio mutis.)

NATI (Yo se lo suerto, niña.) Don Pepe Ramón... (Con gravedad cómica.) ¡Un padre será un padre... pero una madre, es una madre, don Pepe Ramón!

PEPE (Lo mismo.) Hermoso pensamiento, sí, señora.

NATI Y yo soy madre, antes que ná. Y pa mí, la niña, la niña y la niña... ¡Que lo primero son los hijos!

PEPE Es muy natural.

NATI Y como es osté el que mangonea en eso de la corrida, y da la causolidá de que no se han acordao de mi niña...

PEPE (¡Adiós!) Un olvido seguramente.

NATI Y como otras, con menos posibles, bordan sintas... ¡la verdá! yo me dije, er que quiere peses... (Nuevo y oportuno codazo de Celina.) Bueno, ya sabe osté. Y á eso hemos venido.

PEPE Será usted servida.

NATI La sinta de mi niña, osté ha de verla... ¡Pa archivarse, de superió! Con su fleco...

CEL. De oro.

NATI Y pintá por un pintó...

CEL. De Madrid.

NATI Y no es que no sepa bordarla mi niña, que tiene unas manos que son por demás... Un cojín me ha bordao par *sofás* de la sala, con un perro de lanas, asur el lomo y pajiso el veyón, que está mordiendo. Y si es en blanco, no se diga: pañuelos, mantelería, serviyetería, los *canesuses* de las camisas... Sin ir más lejos, el que yeva puesto... ¡es un primó!

PEPE Lo creo.

NATI Y como le sienta muy bien, porque tiene altita la tabla del pecho...

PEPE (¿A que la desnuda?) Con su permiso voy á que pongan la invitasión, Natividad.

NATI Nati, Nati solo. ¡Es más alegante!

PEPE Nati... Señorita...

CEL. Selina.

NATI (Al ver el gesto de extrañeza que Pepe hace.) Marselina, ¿sabe osté? Le hemos quitao el «mar» para que suene más seco y más alegantito.

PEPE Sí, sí... por invitada, Selina.

NATI ¡Ay! Es osté la simpatía andando. Niña, que se va don Pepe Ramón; despídete. (Lo hace.) ¡Así! Y osté nos disimule... Una madre, es una madre...

PEPE Y un padre es un padre, sí, señora. Vuelvo en seguida. (Entrando en la casa.) (¡Qué lata!)

NATI (Al inclinarse para hacerle una reverencia, se clava una ballena del corsé.) ¡Mardesío corsé! Me tiene abroncá..

CEL. El conde, don Ricardo... Míralo.

NATI Ponte espigá, que se te vea la hebiya del sinturón, y muncha finura con todos, y habla, habla... ¡Ay! no te pareses á tu madre...

ESCENA XI

DICHAS; por la casa DON RICARDO

RIC. (Saludándolas.) ¡Caramba! ¿Ustedes? ¿Cómo no me avisaron? ¿Y las niñas? (Por Isabel y Maruja.)

CEL. A la que vimos, al entrar, fué á Carola.

NATI De palique con don Pepe, solitos aquí los dos.

CEL. Y enteramente como unos novios. ¿Verdad?

RIC. (¡Qué nesio de muchacho!) (Sonriendo forzadamente.) Se quieren mucho.

NATI Y luego se dise que al andalus, haserle la crú; y si es cordobés, de manos y piés.

CEL. Con don Pepe no resa el refrán. ¡Un partido así, hay que mirarlo!

RIC. ¡Por Dios! Van ustedes demasiado lejos... ¿Y cómo, cómo por aquí?

NATI (¡Qué cambiaso!) Osté no se acuerda de adónde vivo... Y eso que la casa es de osté, y que yo se la pago bien puntual.

RIC. Son ustedes modelos de inquilinos.

NATI Ahora damos nuestra miajita de reunión. Vaya osté, señor conde, que no farta ni su Jeres superior, ni su jamón crudo, ni sus *empaderados*, ni sus sorbetes de... (Interroga á Celina con los ojos.) de... esos coloraos y blancos. ¡Muy buenos!

RIC. ¡Ah! pues entonses, hay que ir. Yo no falto.
CEL. Y lleve usted á las niñas.
NATI Sí; que se reirán muncho.
RIC. ¡Ya lo creo que se reirán! Vengan, vengan ustedes, que también nosotros tenemos hoy sus *empaderados* y su vinillo. Vamos, Nati; tú, niña. (Se van los tres por la derecha, primer término.)

ESCENA XII

PEPE RAMÓN y en seguida MARUJA

PEPE De esta ya salimos.
MAR. Contra tí vengo, Pepe.
PEPE ¿Contra mí?
MAR. Necesito que me hagas un favor.
PEPE Hecho.
MAR. ¿Ya?... Mira que es un favor muy grande.
PEPE ¿Mucho, mucho?
MAR. ¡Muchísimo!
PEPE No importa. Pide por esa boca, que tú eres reina y señora de mi voluntad.
MAR. ¡Reina y señora!... ¿No tendrás que arrepentirte?
PEPE Jamás.
MAR. Bueno. Pues deseo, mando, exijo... ¡Entérate bien! Exijo de tí, un puesto en la presidencia de la corrida, para Carola.
PEPE (Sorprendido.) ¿Para Carola?
MAR. Sí, señor, para Carola. ¡Lo que ha hecho usted con esa pobre muchacha, está muy feo, mi señor don José! Acabo de hablar con ella y, aunque procura ocultarlo, he visto que le duele tu desatención.
PEPE Y á mí más que á ella; pero es imposible. Piensa que ya están hechos todos los nombramientos.
MAR. Pero como yo soy, por decreto solemne, reina y señora de tu voluntad, acuerdo la destitución de una de las presidentas y dispongo que Carola ocupe la vacante.

PEPE ¿Qué vacante, criatura?
MAR. La mía.
PEPE ¡La tuya!
MAR. ¿Ves qué sencillo?
PEPE No, yo no puedo consentir que tú te sacrifiques así.
MAR. ¡Sacrificarme! No eres tú nadie exagerando las cosas. Vamos, ¿me complacerás?
PEPE ¡No seas tonta! Habría que oir á mi padre, á la condesa, á todo el mundo... ¡Imposible!
MAR. ¿Tú no tendrás gusto en complacer á Carola?
PEPE ¡Ya lo creo! Muchísimo; pero no depende de mí. Ya lo procuré y se opusieron todos. La condesa, la presidenta de honor, más que nadie.
MAR. No importa. ¡A ello, Pepe!
PEPE En fin, lo intentaré de nuevo...
MAR. ¡Imponiéndola! Verás que alegría para Carola... ¡Anda, corre!
PEPE Voy. (Muy contento y estrechándole las manos efusivamente.) Y grasias... Eres más buena... ¡Grasias, Maruja! (Entra en la casa.)

ESCENA XIII

MARUJA é ISABEL

MAR. (Mirando irse á Pepe.) ¡Qué alegre va!
ISAB. ¿Mi hermanito?
MAR. Tu hermano. ¿No sabes? Hemos resuelto el conflicto de Carola. ¡Es decir, (Con orgullo infantil.) lo he resuelto yo, cediéndole mi puesto!
ISAB. (Con asombro.) ¿A Carola? ¡Tonta, tontísima y tontísima! Ya lo creo que Pepe se alegrará. ¡Se te van las mejores!
MAR. ¿A mí? (Sin comprenderla.)
ISAB. ¿Pero tú vives en la luna? Mi señor hermano ha perdido los estribos por esa niña.
MAR. (Con sorpresa y pesar grandes.) ¿Pepe?
ISAB. ¡Pepe!

MAR. ¡No es posible!

ISAB. Lo tiene chiflado completamente.

MAR. ¿Tú sabes? (Con interés vivo y amarga preocupación.)

ISAB. Y como Carola es una maestra en coqueteos distinguidísimos, á Pepe lo pesca.

MAR. ¿Sí? (Con el alma.)

ISAB. Seguro. ¡Ah! Por sierto que tiene Carola que enseñarme á dar esas medias vueltas así, que dejan la cola á un lado para que la figura resulte... muy perfiladita. ¡Ay! En cuanto me vista de largo, me desquito de los años del colegio.

MAR. (Sin oirla, absorta en sus ideas.) (¡No es posible!)

ISAB. Aquello era muy penoso. Estudiar y estudiar...siempre majaderías; bordarle sapatillas á papá, que nunca se ha puesto, porque tiene buen gusto; dibujar unos pájaros y unas flores inverosímiles, y teclear tres valsesitos cursis y tres polquitas pingonas. ¡Y para esto media vida! En cambio, no se les ocurre, á las buenas madres, enseñarle á una á bailar... ¡Una cosa tan útil! Verdad que ellas puede que tampoco sepan. (De pronto.) ¿Quieres que ensayemos unas vueltas de vals?

MAR. No; déjame.

ISAB. ¿Qué tienes? ¿Te han enfadado mis despropósitos?

MAR. No... ¡Qué tonta!

ISAB. ¡No te pongas mística! Ya verás, ya verás, si nos divertimos esta feria en la *tienda* del *Sírculo.* Y por de contado que sacamos novio. ¡Así los vamos á tener! (Juntando los dedos de ambas manos.) Yo, en no siendo un niño *gótico*, bueno es cualquiera; pero el tuyo como no traiga los papeles debajo del braso ¡calabasas!

MAR. (Con desconsuelo.) ¡El mío!

ISAB. ¡El tuyo!... ¡Habrá que verlo! Un real moso, con el bigote á lo Kaiser... Un hombre, un hombre... ¡A ver! Yo también entiendo de gitanerías, y todo lo asierto mejor que una *canastillera,* que son las que saben más letra

menuda. (Se descompone las ropas, desgarba la figura y remeda el porte y los modales de una gitana.) ¡Trae esa mano, que tiés carita e bien afortuná, y quieo yo que tú me sepas la condisión der chavosiyo que espelecha por chamuscáse en las candelitas e tus ojos, mata de arbajaca! (Después de mirarle atentamente la palma de la mano.) Er palomo que á ti te arruye, tortoliya sin jié, e tu jermosura ha e viví prendao jasta las cachas mesmas; que na más que por gloriarse con una sonrisa der paná qués tu boca, capás me era e sambuyirse en la mar salobre, bardaíto con rumatismo, mi reina. Como tu deseo lo pinta, asina es: güen moso, porque á Dios se le fué la mano ar criarlo; e güena condisión y güenos sentimientos, porque en pañalitos e sea me nasió y las arsiones malas no las conose. Y como dambos me seis la simiente der bien y la esensia del regosijo, er Señó e los sielos, que nunca jase las cosas á medias, os cormará las venturas con un regalito superió: ¡er meonsete más repulío car mundo vino! Rubio como er trigo, blanco lo mesmo que la leche, regordetiyo..., y más losano cuna marnólia cogía en un amanesé d'Abrí... ¡Un angelito, jecho con capuyos e rosas, que va corgaros en el arma campaniyitas e oro! (Maruja escucha emocionada las rientes profecías que de modo tan cruel contrastan con su ánimo decaído; como si le punzaran en el alma, se entristece, y no pudiendo reprimir su congoja, baja la cabeza y llora.) ¿Qué tienes? ¿Lloras? ¡De alegría! (Dentro suena la bocina de un automóvil.) ¡Ay! La bosina del auto... ¡Papá, papá!... ¡Ya están ahí... (Corriendo se va por el primer término de la derecha.)

MAR. ¡Campanillitas de oro! (Aplanadísima, rompe en amargos sollozos y entra en la casa.—La bocina se oye más cerca.)

ESCENA XIV

Por la derecha, primer término, con gran rebullicio y algazara, CAROLA, ISABEL, NATI, CELINA y DON RICARDO; luego, por la vereda de entrada, PERICO, LOSADA y DAUBIGNY, éste con gorra y cubrepolvo de automovilista

NATI Sí... sí... Es la trompeta del *otromóvil.*

ISAB. ¡Andad! Vamos á resibirlos.

CAR. ¡Vamos, vamos!

RIC. Juisio, juisio, criaturas...

LOS. (Apareciendo, seguido de los otros.) ¡Qué polvareda! (Sacudiéndose el polvo, despues de saludarles á todos, así como Daubigny.) Si lo sé, prontito me cuelgo la ropa de cristianar... ¡Je, je! (La risita de este hombre parece un balido.)

RIC. ¿Qué tal ese viaje, Daubigny? ¿Sin averías?

DAU. ¡*Charmant*!

PER. *Charmantísimo*, tío Ricardo.

RIC. ¿Y Martínez? Al insoportable señor Martínez, ¿dónde le dejaron, Losada?

LOS. ¡Calle usted, por Dios! Se lo rifan... ¡Je, je!

PER. (Con sorna.) Los amigos, los políticos, las mujeres... ¡Sobre todo las mujeres!

DAU. Está un *punto longo.* Mujer mirada por él, mujer caída, don Ricardo.

RIC. Pero Arroyo ha debido venir.

PER. Aprueban lo que nosotros desidamos.

DAU. *Il est malade.* Anoche hisimos grande divertimiento con unas *guasonas* que... *Comment dit-on?* No me recuerdo... ¡Ah! Que *ensienden los pelos.* Juerga, baile, copeo... *le clair de luné, chanssonnettes...* poetíco don Ricardo. A la fin, todos *merlusas.* Arroyo perdió su vino debajo de la mesa. ¡*Oh, la, la*! Es morir de reir.

ESCENA XV

DICHOS y PEPE RAMÓN por la casa

PEPE Bien venidos, señores.

PER. (Le coge del brazo y le habla aparte.) El gran compromiso, Pepe.

PEPE ¿Qué pasa?

PER. ¡Una friolera! Daubigny se ha enterado de tus enredos con la mujer de Losada, y todo el camino ha venido soltándole pullas. ¡Calla, Losada!

LOS. (Llegándose á ellos.) Le cuentas á Pepe el conflicto, ¿eh? (Con indignación.)

PER. Sí. Presisamente... (Se aleja riendo.)

LOS. Ya lo sabes. ¡Qué bonito! ¿Eh? Arroyo se empeña en que yo no vea la corrida entre barreras.

PEPE ¡Ah! ¿Era eso? (Tranquilo ya.) No te apures.

LOS. Quiera que nó, tú me proporsionas un pase de libre sirculasión.

PEPE ¡Sí, hombre! Recuérdamelo después.

NATI (A don Ricardo.) El de la bata, (Por Daubigny) ¿es ese *franchute*, de *Ingalaterra*, tan regrasioso?

RIC. El mismo. Pero con *Ingalaterra* no tiene que ver nada. Es gascón.

NATI Yo me pensé que sería *franchute*... Como disen que es extranjero... Preséntemelo osté. (Llamando á Celina.) Niña, que nos van á presentar.

RIC. Gustavo.

NATI (¡Ponte espigá!)

RIC. Un momento. (Acude Gustavo, y don Ricardo hace la presentación.)

PEPE (A Losada.) Calla; hazme el favor... ¡Estás insufrible!

LOS. Carola es un peligro.

PEPE Carola... es Carola. ¡Y yo me entiendo, vaya!

LOS. En cuanto la mires dos veses, y le digas dos cosas de las tuyas... ¡yo me entiendo también! Buena es la tal Carolita.

NATI — A osté no puede gustarle este poblacho.

DAU. — (Con asombro.) ¿Poblacho? ¿*Madame*, no está cordobesa?

NATI — Lo estoy, sí, señor. Y bautisá en el mismímo San Lorenso, pero he sido *criada* en Madrí.

DAU. — (Estupefacto.) ¿Cómo criada? *Bonne, domestique?..*

NATI — ¡Ay, qué grasioso! (Riendo.) ¡Tié osté tres días con pasao mañana, hijo!

PER. — (A Isabel.) El te lo dirá... Gustavo, Gustavo... (A Nati.) Con permiso de ustedes.

DAU. — (Despidiéndose.) *Pardon!... Mademoiselle, madame...* He tenido el honor...

NATI — Y yo también lo he tenido. (Haciéndole una reverencia ridícula.) Saluda, niña.

PEPE — Mira; con don Miguelito te vas á la huerta de Las Palomas y le dises á la Condesa del Río el cambio, y si lo aprueba, que firme las invitasiones. ¡Don Miguelito! (Llamándole.)

ISAB. — ¡Ja, ja! ¿De modo que es usted de la cuadrilla de Arroyo?

DAU. — ¡*Banderiyero*! Deseo mucho jugar toros. Es por eso que yo resibo ahora lecsiones practícas de *monsieur* Salerito, el grande toreador, y ya *chanelo* una barbaridad.

ISAB. — Estará usted grasioso vestido de corto.

DAU. — ¡De *chipén*!

CAR. — ¡Se nos chifló por lo flamenco!

ESCENA XVI

DICHOS y DON MIGUELITO, que sale de la casa

MIG. — Señores, servidor.

PEPE — Don Miguelito, con Losada, á la huerta de la condesa.

MIG. — ¡Escapado! (Entra en la casa y sale en seguida con sombrero.)

RIC. — Y nosotros vámonos al senador, y allí, entre copa y copa, ultiman sus acuerdos.

LOS. — Mi encargo, Pepe. Nesesito un pase para estar entre barreras.

PEPE ¡Ah, sí! Don Miguelito, tiene usted que darle un pase á Losada.

MIG. ¿Un pase? (Solemne.) *Grasia y Justisia.* (Saca su cartera y lo anota) ¡Perfectamente!

PEPE En el *Panhard* de Gustavo llegaréis en diez minutos. (Se van los tres, segundo término derecha.)

ISAB. ¿Vamos?

RIC. Sí. Nati, Gustavo, ustedes. (Isabel, Celina, Nati, don Ricardo y Daubigny se van por el primer término de la derecha charlando y riendo animadamente.)

ESCENA XVII

CAROLA y PERICO. Al final, PEPE RAMÓN

PER. Nada, que no lo suelta. (Por Losada, y mirando con enojo hacia donde se fué con Pepe Ramón.) ¡Ya es mala pata, hombre!

CAR. ¿Qué te ocurre?

PER. ¡Lo eterno! Que estoy á dos velas y tengo que darle un *sablaso* á Pepe Ramón.

CAR. ¡Perico!

PER. Nada. Sin aspavientos... ¡Un *sablaso*, niña! Anoche me surraron.

CAR. ¿Perdiste?

PER. Y no pagué. La combinasión de siempre. Dos, que hasen cuatro; cuatro, que hasen ocho, y cuando iba por más de las quinientas... ¡*sás*! encarnado gana y color.

CAR. Bueno, pues á Pepe no le pides un séntimo.

PER. Niña, las deudas del juego *disen* que son sagradas, y ya sabes lo delicadísimo que yo soy. No me queda otra esperansa que Pepe, ó el Browing.

CAR. ¡Bonito papel ahora!

PER. ¡Sí! no es de nuestra cuerda. Mi espesialidad y la tuya, son los grasiosos .. ¡No! y es como estamos en carácter: hasiendo reir.

CAR. (Con indignación.) ¡Perico!

PER. No te enfades, mujer.

CAR. ¡Qué pensará Pepe de nosotros!

PER. Tranquilísate, pobre Senisienta enamorada del prínsipe rubio, de bucles de oro... y bolsa llena.

CAR. No te burles, Perico.

PER. ¡Ah! Ojalá pudiese actuar yo de hada protectora. ¡Sería una solusión! Tú, pescabas á Pepe; yo, á una niña cualquiera, con *parné*, y nos tirábamos el *pároli*.

CAR. ¡Perico! (Viendo venir á Pepe.) ¡Calla! ¡Pepe!...

PER. ¿Sí? Pues preparen... (Haciendo ademán de desenvainar un sable.)

CAR. (Reconviniéndole.) ¡Tú!

PER. (A Pepe Ramón, que aparece.) ¡Hombre! Apropósito, primo.

PEPE ¿Qué?

CAR. No, nada... (Imperiosa.) ¡Vete, Perico!

PER. (Envainemos, entonses.) (Simulándolo.) Nada, Pepe... (Cínicamente.)

Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese; y no hubo nada.

(Se va riendo, primer término derecha.)

ESCENA XVIII

CAROLA y PEPE RAMÓN. Al final, MARUJA é ISABEL, dentro

PEPE ¿Qué te pasa? ¿Regañábais?

CAR. No... Tonterías nuestras... Ya sabes quién es Perico; una bala perdida.

PEPE ¡Cuidado! Suelen ser las peores..

CAR. ¡Te convendría no olvidarlo, Pepe!

PEPE ¿A mí? ¡Bah! Lo eterno... Son los habladores, los envidiosos, que de todo sacan partido... ¡No lo dudes! Te quiero, como siempre te quise.

CAR. ¡Como siempre! Ahí está el peligro.

PEPE Si nó puedo evitarlo. (Con exaltación creciente; muy apasionado.) Si son tus ojos, que me atraen; son tus labios, que me sonríen; son tus manos que me rechasan, y al rechasar acarisian. Eres tú, toda tú, que me trastornas... ¡Carola!

(Dentro tocan, como al principio del acto, la Serenata de Schubert.)

CAR. Oye... ¡La serenata! (Herida en sus celos; insidiosa.) Tu obra favorita, ¿no?

PEPE ¡Sí! Hay en ella una melancolía, una dulsura tan contagiosa...

CAR. (Sondeándole; un poco sarcástica.) ¿Y... nada más?

PEPE (Ingenuo.) Nada más. (Pausa corta.)

CAR. (Siempre sondeándole.) ¿No es Marnja, quién toca?

PEPE ¿Por qué lo dises?

CAR. Por curiosidad... Toca con un gusto y un...

PEPE Sí; con el alma... El piano, habla.

CAR. (Más insidiosa que nunca.) La música expresa muy bien los sentimientos. ¡Dise tanto!

PEPE No te burles, ni finjas ironías. ¡Oyeme, Carola! Mira que este afán mío, solo es cariño, un cariño muy grande... ¡Como nunca lo he sentido!

CAR. ¡Pepe!

PEPE ¡No sabes cuánto te quiero!

CAR. Aquí, en un momento de arrebato; luego, cuando solo escuches á tus amigotes, y oigas sus burlas y se rían de tus entusiasmos, ¿me querrás?

PEPE ¡Sí; Carola, sí!

CAR. ¿De veras?

PEPE ¡Te lo juro! (Le coge las manos y se las besa.)

MAR. (Aparece á tiempo de verles.) (¡Ellos!)

ISAB. (Dentro, donde se oyen las conversaciones y las risas de los que se acercan.) Para jugar aquí .. Hay más sitio...

MAR. (¡La quiere!)

ESCENA XIX

DICHOS; ISABEL, NATI, CELINA, PERICO y DAUBIGNY

ISAB. (Encarándose con Carola, muy escamada é insidiosa.) No sé... pero huele, huele á... (Riendo, se acerca Carola, de nuevo, á Pepe Ramón, y habla con él.)

CEL. ¿A qué jugamos?

PER. A los «ladrones», que se divierte uno mucho. Ellos se esconden, salimos nosotros en su busca, nos *distraemos*, y no los encontramos nunca.

NATI ¡No, no! Jugar á las cuatro esquinas.

PER. A los ladrones, ¿no?

NATI No; que no me gustan.

ISAB. (A Maruja, por Carola y Pepe.) (Míralos. Ya están otra vez de conferensia. Y debe ser asunto grave, porque Carola ni siquiera se abanica.)

MAR. (Sí; seguramente.)

CEL. Yo tengo la china. (Coge una del suelo, esconde ambas manos y luego las presenta, cerrados los puños.)

PER. Venga. (Le coge los puños y se los lleva á las orejas, como para oir algo, rozándoselos antes con la cara; le frota las uñas de los pulgares con las yemas de los suyos; le tenturrea los brazos, etc., todo ello sin groserías naturalmente, y cambiando con Daubigny guiños y sonrisas intencionadas.)

CEL. ¡Tú! Que te *distraes*.

PER. Es verdad. ¡Aquí! (Indicándole una mano.)

CEL. Libre. (Abre la mano indicada, esconde las dos de nuevo y se las presenta después á Gustavo.) Usted... ¡Se quedó! (Entregándole la china.)

DAU. (Hace el mismo juego, y le presenta las manos á Isabel; quien, más por picardía que por buen parecer, le indica una con el abanico.) ¿Isabel? *¡Oh, la, la!* No sirve, no sirve... Tiene que haserme así y así, como Pineita.

ISAB. (Llamándole al orden, pero sin enojo.) ¡Daubigny!

DAU. No me comprendo bien... ¡Como estoy extranjero!

ISAB. Aquí, guasón. (Eligiendo mano.)

DAU. Usted está quedada, *mademoiselle*. (Entregándole la china, que Isabel ofrece á Pepe Ramón.)

ISAB. Tú, hermanito... ¡Quedado! Libre yo...

PEPE ¡Marujilla!... ¡Qué alegría! Acabo de pedirle relasiones á Carola...

MAR. (A Carola, con interés y zozobra inmensos.) ¿Y tú?

CAR. Las he aceptado.

PEPE (Ofreciéndole á Maruja la china, muy jovial.) ¡A ver, á ver tu suerte!

MAR. ¿La mía?... ¡Ya la sé! (Abatida.)

PEPE (Abriendo la mano que Maruja le designa.) ¡La mejor!... Libre Maruja.
MAR. (Con desolación.) ¡Libre!
PEPE ¿Quién falta? (Por la china.)
CAR. Yo.
PEPE Deja. Yo seré el *porra*... ¡Qué más da!
ISAB. (Mirando á Carola y á Pepe, fija y persistentemente.) ¡Huele!... ¡Vaya si huele!

ESCENA XX

DICHOS; por la vereda de entrada, DON MIGUELITO con LOSADA. Luego DON RICARDO, por el primer término de la derecha

PEPE (Saliendo al encuentro de Losada.) ¿La condesa?
LOS. Dise que estás servido; pero lo dijo con un gesto y un retintín... ¡Carola es un peligro!
PEPE ¡Calla!
LOS. ¡Callo! (Inclina la cabeza en señal de mansa resignación, y hace un gesto que traduce su muda protesta.)
PEPE ¡Hecho, Carola! (Con alborozo, radiante.) Presides con la condesa.
CAR. Grasias.
PEPE (Con acento tierno.) Ahora, no; luego, en tu ventana. ¿Estarás?
CAR. ¡Sí! (Con alborozo supremo.) (¡Ya es mío!)
PEPE (En una súbita explosión de su alegría.) Señores... vamos... Tenemos que brindar por nuestra nueva presidenta... (Sorpresa general.) Carola, que sustituye á Maruja.
RIC. (Vivamente contrariado.) ¿Qué?
LOS. (Por Pepe.) ¡Está loco!
PER. ¡Hermana!
ISAB. Al fin, mujer...
DAU. Mis cumplimientos.
MIG. ¡Viva la presidenta!
(Todo ello simultáneo, y cercando á Carola para felicitarla. Mucha vida y animación hasta el final.)
PEPE Vamos, vamos... ¡Una copa de *champagne*!
MIG. ¿*Champagne*?... (Riendo.) ¡Don Miguelito, la pescas!

PEPE Anda, Carola... (Dándole el brazo.) ¡Paso, paso, señores! (Salen, entre los aplausos y las aclamaciones de los otros personajes, que les acompañan.)

RIC. Se ha vuelto loco, sí. ¡Pero no será! (Marchándose, con Losada, tras el animado grupo.)

MAR. (Los mira alejarse, abrumada por el bárbaro golpetazo que ha deshecho sus esperanzas; luego, se deja caer en un asiento y oculta entre las manos su rostro lloroso.) ¡Dios mío! (Dentro, aplausos, vítores, risas y taponazos del champagne.)

ESCENA XXI

MARUJA. Dentro, un MAYORAL

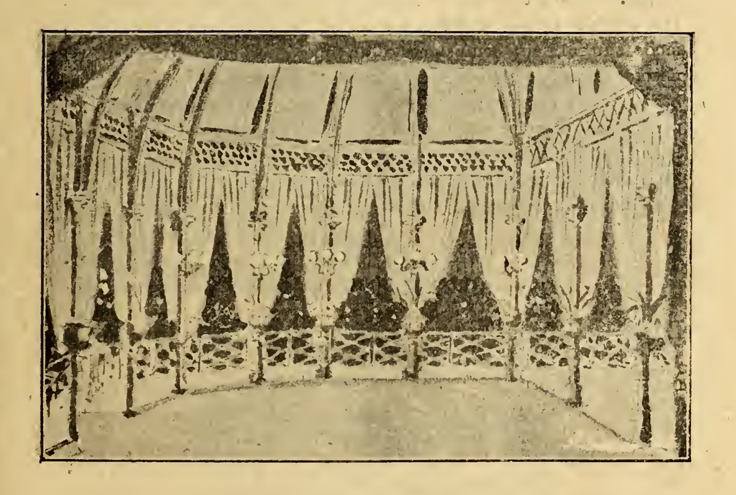
Lejos, muy lejos, vuelve á oirse el cascabeleo de la diligencia, los trallazos y el cántico del mayoral

MAY. *«¡Mire osté por donde*
al espejito ande yo me miraba
se le fué er asogue!»

(El telón cae lentamente y cubre la escena cuando la copla termina y los trallazos y el cascabeleo se hacen más intensos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



Un extremo del amplio y elegantísimo pabellón del «Círculo de la Amistad», en la feria.

A la derecha, se supone la escalinata de entrada, que ornan enormes candelabros y macetones con plantas soberbias.

A la izquierda, el sitio destinado para el baile, los comedores, guarda-ropas, etc.

En el fondo, los gallardetes, los grupos de luces y la perspectiva de arcos luminosos, en los paseos del ferial.

Sillas y mecedoras; estera de junco.

Es de noche; las arañas que penden del techo y los grupos de luces que hay en cada una de las columnas, iluminan profusamente la escena, convirtiéndola en una verdadera «ascua de oro».

ESCENA PRIMERA

NATI, LOSADA, SEÑORAS y CABALLEROS

Al levantarse el telón suenan dentro los compases de un vals. Losada y Nati, sentada ésta, charlan mientras observan el baile. Junto á las columnas, en el fondo y en diferentes términos de la escena, grupos de Señoras y Caballeros, que, unos en pie, sentados otros, sostienen animadas conversaciones, ríen, pasean ó miran á los que bailan. Désele á este cuadro la mayor verdad posible, cuidando mucho que las figuras se muevan y pasen de unos grupos á otros, de modo natural, sin confusiones y sin que estorben á la acción. Así mismo, durante algunos momentos del acto, entran y salen del pabellón varias personas; fuera de él, deben oirse los pregones de los vendedores, el golpeteo insistente de las campanas de las barracas, los sones de un cornetín, silbatos de vapor muy agudos, el bombo y los platillos de un «Tío Vivo», cuantos ruídos, en suma, contribuyan á simular la barahunda y el rebullicio extraordinario de la feria

NATI Esta feria se ha descorgao aquí medio mundo... Miosté, miosté, no se ven más que desconosíos.

LOS. Y los conosidos lo resultamos también, así con la ropa de etiqueta.

NATI ¡Ja, ja! ¡Y osté está mártir! (Reparando en los apuros de Losada, que va enfundado en unas ropas ceñidas, muy prietas, que le estallan.)

LOS. ¡Claro! Con esto de no ponerse la levita mas que para los entierros y para los bailes del *Sírculo*, todo se queda estrecho.

NATI Siéntese osté, criatura, que ya no va osté á creser más.

LOS. (Mira con asombro á Nati, despues á una mecedora, y... ¡por fin! se decide á sentarse.) ¡Ay! (Al hacerlo, apoya primero las manos en los brazos de la mecedora, y luego deja caer el cuerpo, evitando así peligrosas roturas; va en seguida á doblar las piernas, pero como el pantalón no se lo permite, las extiende con presteza, haciendo un gesto de cómico sobresalto.)

NATI ¿Qué?

LOS. (Disimulando.) ¡No! ¡Nada!... ¡Je, je! (El pantalonsito este me da la noche.)

NATI Miosté mi niña... ¡Es que se la rifan! No ha perdío de bailá ni una piesa, y yegamos de las primeras.

LOS. Con tiempo lo tomaron.

NATI Hijo, al teatro no se puede ir con esas funsiones que ahora *echan*. ¡Tó cantao! Y ni se le saca sustansia, ni se ríe una con los chistes. ¡Como no se entienden!

LOS. ¡Je, je! Es muy aburrido.

NATI Asín que nos vinimos aquí, en cuanto empesaron los fuegos artifisiales... Son muy presiosos.

LOS. (Y más baratos.)

NATI El mono que daba vueltas en el *velosípido*, y los cohetes que primero se ven... y luego no se ven, bonitísimos.

VOZ (Dentro) ¡¡Cangrejos!!... ¡Bichitos con pelos!... ¡¡Bichitos con pelos!!... ¡Bocas e la Isla!

ESCENA II

DICHOS; por la izquierda, PERICO y MARTÍNEZ

MART. (Aparece del brazo de Perico. Es un pavo real, que las echa de elegante. Lleva «planchado» el pelo y los bigotes á la borgoñona; habla de modo campanudo, escuchándose siempre. El pisto que se da, por lo desmedido, no tiene más que un término de comparación: su osadía. Mira á una mujer, y la mata; cree que no hay una que le resista... ¡y es verdad! El «socio» hace la Pascua desde cien leguas.) ¡Lo inevitable, Perico! La muchacha con quien bailaba, rendida, ¿eh? ¡Rendida materialmente!

PER. El vals cansa mucho. (Viste traje de «smoking» y sombrero de paja.—Termina el vals y hay un ligero movimiento de parejas que vuelven á ocupar sus respectivos sitios, de grupos que se deshacen para en seguida formar otros, etc., etc. En tanto, suenan, en la feria, el campaneo de una barraca, pregones, etc.)

VOZ ¡Cocos!... ¡Cocos y dátiles!

VOZ (De mujer.) ¡Agua fresquita!... ¡El agua e la Palomera!

VOZ (Aguardentosa.) ¡Adrento, señores! Pasen, pasen á vé los animales vivos...

NATI ¿Diga osté? El que está con Pineiya ¿es el *don sábemelo tó* ese, que habló en los Juegos Florales?

LOS. Sí. El mantenedor... ¡Martínez!... Vale mucho. (Silba para dar más expresión á lo que dice.) ¡Digo!... ¡¡Martínez!!

NATI No lo dificurto; pero quisás sea lo único que pueda mantener: Juegos Florales.

PER. Está la *tienda*, que quita el hipo. ¡Valiente mujerío!

MART. ¡*Shocking*! Si vieras el de Londres... ¡Oh! ¿Tú no conoces Londres?

PER. Los... *londinenses* me conosen á mí.

MART. Estuve allá dos semanitas... ¡Y qué aventuras! ¡Qué conquistas!

PER. Me las figuro. Con intérprete todas.

ESCENA III

DICHOS; por la izquierda, CELINA

CEL. (Al salir, se despide de su pareja y viene luego á sentarse junto á Nati.) Grasias. Es usted muy amable.

NATI ¿Qué te ha dicho? ¿qué te ha dicho?

CEL. Muchas cosas... ¡Y he pasado un ratito! Como es tan altísimo, y se empina para bailar... que es la moda, y no me quitaba ojo...

NATI Comprendío, niña... ¡Cáyate! (¡Y ponte espigá!)

ESCENA IV

DICHOS; por la derecha, ARROYO y SALERITO

La entrada de Arroyo despierta curiosidad en los grupos; quienes lo miran y cuchichean; algunos le saludan desde sus asientos, otros se levantan para venir á estrecharle la mano. Poco á poco, durante esta escena, deben ir despejando el escenario las figuras, pero de modo natural y sin distraer

SAL. (Es un matador de toros de mucho «tronío», ordinario en sus modales y algo «desgarbadote. Viste la indu-

mentaria sui-géneris de los toreros de hoy.) ¡Señores! (A Perico y Martínez, saludándoles.)

PER. ¡Salerito!

MART. Bien te han hecho trabajar estos *torerazos* de ocasión.

SAL. Caye osté, hombre. Ni que fuean atoreao Miuras. ¡Valientes desaboríos!

ARROYO ¡Pineiya! (Dándole en la espalda.)

PER. ¡Hola, *mataor*!

ARROYO ¡Chóquelas usté, Martínez! (Le da la mano como si se tirara á matar, alargando el brazo derecho y haciendo la cruz con el izquierdo, para marcar la salida. Habla con viveza y alegría, simulando siempre suertes del toreo. Es bullidor y simpaticón. Viste traje de chaqueta, rico é irreprochable, corbata de vivo color, calzado de charol y sombrero cordobés claro; lleva muchas y buenas alhajas.) ¿Ya estamos de pontifical? (Por el frac.)

MART. ¡*Pchss*! Por respetos á mí mismo, Arroyo. Esta gente es especial; algo *shocking*.

SAL. (¿Cómo ha dicho?)

PER. (¡¡*Shocking*!!)

SAL. (No camelo.)

PER. (¡Ni él!)

SAL. ¡Jo, jo! Tié güenas cosas este Perico.

ARROYO Sí, pero las tiene empeñadas. (Volviéndose rápidamente para piropear á una muchacha que entra acompañada de su papá.) ¡Ahí las simpatías y las niñas bonitas, porque Dios quiere! (La acompaña y desaparecen; luego vuelve Arroyo y se dirige al grupo que forman Nati, Celina y Losada.)

SAL. ¡Chavó! Y es una chata, que no le quean narises ni pa olé sardinas asás.

MART. ¡Hiperbólico, pero atinado!

PER. ¡Oye! mira... (Indicándole la postura de Celina, que ha montado una pierna sobre la otra. Salerito deja caer el pañuelo, y, con pretexto de cogerlo, se aprovecha para ver los «horizontes» que Celina descubre.)

VOZ (Dentro.) ¡Olé lo güeno!

CEL. (¡Ay!) (Al oir la voz, baja la pierna precipitadamente y se arregla las faldas, corrida y espiando con el rabillo del ojo á los mirones.)

PER. Nos ha reventado ese.

NATI (Hecha un basilisco, dirigiéndose al mirón de dentro.) ¡Váyase osté de ahí, desvergonsao!

ARROYO (Saludando, desde lejos, igual que los toreros cuando en la plaza corresponden á los aplausos del público.) Selina... Nati... ¡Losada! (Abriéndose de brazos como quien cita á banderillas.) ¿Pero dónde se mete usté, hombre? Voy por ahí... ¡nada! (Extendiendo los brazos hacia la derecha, para simular una suerte de capa.) voy por el otro lao, y lo mismo. (El juego de antes, pero á la izquierda.)

LOS. Pues aquí estamos... ¡Je, je!

ARROYO ¡Barbián! (Dándole la mano como á Martínez, pero ahora se tira á matar con más coraje.)

LOS. (Que antes ha intentado levantarse dos ó tres veces, sin conseguirlo, aprovecha la circunstancia de darle Arroyo la mano para apoyarse en ella y ponerse en pie.) ¡Grasias, hijo!

NATI (Por Arroyo.) Este demonio parese que está toreando á uno siempre.

MART. Acompáñame, Perico. Le temo á la rubia; la del boa blanco... Me asedia.

PER. (Zumbón.) ¡Lo inevitable! (Se van los dos al baile.)

ESCENA V

DICHOS menos PERICO y MARTINEZ

SAL. Ya las vide á ostés en la plasa.

NATI En un tris ha estao el que fuéramos...

CEL. Ya teníamos el coche á la puerta...

NATI Un *órnibus*, sí señor.

ARROYO ¡Vaya un *percalito* que había en los tendidos!

NATI En cambio, á nosotras, ni siquiera una mala entrá nos mandó don Pepe Ramón.

LOS ¡Ha sido un feo muy grande!

NATI ¡Caye osté, por Dios! Iguar que lo de anoche en la *kermese.*

LOS. También, también es muy significativo. ¡Je, je!

NATI Las otras muchachas en los puestos de flores, en los refrescos, en los sigarros, y mi niña en las *guñolerías.*

CEL. ¡Claro! Adonde nadie se aserca.

SAL. Si acá lo fuéamos sabío, le jasemos á osté er primé gasto e *jeringos*.

NATI La pobre no vendió na. ¡Sinco libritas que yo me comí! Y con el humo y el pestaso del aseite, tiene hoy una garraspera que se ahoga.

SAL. (Mirando hacia la feria.) ¿No es aquer Sarvador-siyo?

ARROYO Sí. (Llamándole.) ¡Salvador!... ¿Adónde camina la *goma?*

VOZ A reirnos ahí, en la barraca de las fieras. ¡Vente!

ARROYO Luego. Estoy esperando á un amigo... ¡Andar con Dios!

SAL. Tenemos mosotros que dir á esas vistas. Se vé ar hombre-carnero... ¡Jo, jo!

LOS. Es curioso.

SAL. Y sale la mujer gorda... ¡Jo, jo! Y se arremanga...

NATI (Alarmada.) ¡Salerito!

SAL. ¡Si no enseña más quer sócalo! Pero como entran munchos quintos, le disen... ¡las cosiyas e los sordaos! y es un pitorreo.

ESCENA VI

DICHOS y MARTÍNEZ con PERICO

MART. ¡El francesito!

PER. ¡Gustavo! ¡Gustavo! Ahí viene.

SAL. Y ya me pescó er fütraque.

ARROYO En cuanto entre, una ovasión.

NATI La merese.

CEL. Vaya un par que puso, bien puesto.

SAL. ¡Ese *es gente*!

ESCENA VII

DICHOS y DAUBIGNY, por la derecha. Al entrar le cercan todos, le aplauden, le abrazan y felicitan

DAU. (Cantando.—Trae afeitado el bigote.)
Torero soy, toreador...

SAL. ¡Olé la simpatía!
CEL. ¡De primera!
NATI ¡Superior! (A un tiempo)
ARROYO ¡Fenómeno!
PER. ¡Viva Fransia!

MART. ¡*Magnifique*! ¡*Etonnant*! ¡*Ravissant*!

DAU. *Merci, merci*... Estoy un hombre modesto y no me divierte la *reclame*. ¡Qué fastidío, *caramba*! Al teatro todos eran á mirarme.

PER. Como que has sido el héroe del día.

DAU. (Con modestia.) ¡Oh!

MART. ¡*Le gladiateur intrepide, romantique*!

NATI (A Losada, por Martínez.) (¡Qué bien habla!)

LOS. (¡Nó, si vale!) (Silba.)

DAU. ¡Bah! A Córdoba, á la patría misma del toreo, no debe maravillar que *moi* portara unas flechas victoriosas. ¡*L'adresse contre la force*! ¡*Voilà*!

MART. (Antes y ahora habla el francés como una «vaca española», pero poseído del ansia de causar admiración, observa con fatuidad á todos.) *Votres cualités dans*.. *l'arte, dans... les courses de taureaux... ¿Entendezvous?*

DAU. Dígamelo á su lengua... Lo entenderé mejor. (Se ríen todos; Martínez, corrido, se desahoga con Perico.)

ARROYO En los mismos rubios, Gustavo.

MART. (Es extranjero... No debo desmentir nuestra hidalguía.)

PER. Hases bien... ¡Perdona! (Mirando hacia el baile y haciendo señas á alguien) Una niña que yo he asesinado. ¡Lo inevitable! (Riendo, se marcha por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS menos PERICO

DAU. (Mirando al baile.) ¡Soy encontado! ¡Qué delisía de mujeres!

ARROYO ¡Alegres, morenas, de las que saben querer con fatigas!

MART. ¡*Pchss*!... Cuatro burguesitas provincianas, sin distinción, cursis...

NATI — Muchas grasias, poyo.

DAU. — *¡Oh, la, la!* Es una tontería bien española desir mal á lo suyo... *¿Pourquoi?*

MART. — Reconocemos nuestras faltas; no nos ciega la pasión, Daubigny. Somos un pueblo de pandereta.

ARROYO — ¡Grasioso!

DAU. — *¡Pardon!* Yo estoy fransés y adoro la *France*, señor. Y también siempre adoro los países á que viajo, y encuentro un bonito plaser en apropiarme sus costumbres tipícas. Es por esto que, á Rusía, yo estoy un perfecto revolusionario. ¡Es la moda! Y á Marruecos, un morabito blanco; y aquí, á la España, juego toros, porto mi terrible *navaca*... y arropado en mi grande capa flamenca... un bravo *andaluso* ¡de *butén*!

NATI — (Sin poder reprimir su entusiasmo.) ¡Olé ahí los tíos!

CEL. — (Dándole un codazo.) (¡Mamá!)

DAU. — Pepe Ramón y el simpatico don Ricardo me mostraron, al teatro, bellas cordobesas; me hisieron la presentasión con algunas.

LOS. — (Insidioso.) Y á Caro-li-ta ¿no la vió por allí?

DAU. — No.

NATI — Es natural. Desahogo se nesesitaba, después de los desaires que hoy le han hecho en la plasa.

LOS. — (Extremando sus ponderaciones.) ¡Vió usté qué escándalo!... ¡Cómo iba esa mujer! Y luego ¡qué manera de insinuarse con todo el mundo!

NATI — ¡No, si esa, en cuanto le disen... por ahí te pudras, pierde la vergüensa!

MART. — ¡Por Dios, señora!

CEL. — Pero si ya no la trata casi nadie.

LOS. — (Radiante.) ¡Se impuso la justisia! Don Ricardo es padre... ¡señor! y no podía ver ese noviajo con buenos ojos... Y á Pepe, y á la niña, les ba cantado las verdades. ¡Pero claritas!

NATI — ¡Sí! Cariyos le salen sus... *trapicheos* con don Pepe Ramón.

SAL. — ¿Pero qué?... (Con intención.) ¿Por fin?

NATI ¡Uy!
ARROYO Como que andan los dos toreando al *alimón.*
MART. ¡No digan ustedes tonterías! (Maliciosamente.)
LOS. Tonterías, ¿eh? ¡Pepe no es Pepe! Yo creí que al obligarle su padre á romper con esa pájara, volvería á sus costumbres. ¡Pues, no señor! Ya ni siquiera asoma por mi casa.
ARROYO (Guiñándole á Salerito.) (¡Ahí le duele á éste!)
LOS. ¡Buena está mi mujer con él!
CEL. La corrida la sueña Carola.
MART. ¿Por qué? Yo la saludé un momento en la plaza y...
LOS. (A Martínez con interés.) ¿Y qué, y qué?
MART. ¡Lo inevitable! Me miró derretida, me sonrió prometedora...
NATI No se entusiasme osté muncho, porque esa se *derrite* fásilmente.
MART. (Intencionado.) Sé á qué atenerme, señora.
LOS. (Silbando.) ¡Vamos! ¿También usted?
MART. ¿Yo? ¡Hombre, no hay derecho! (Mintiendo reserva.)
ARROYO ¡Que sea enhorabuena! (La felicitación es una tomadura de pelo. Se ríen todos.)

ESCENA IX

DICHOS, por la derecha, CAROLA

CAR. (A la criada, que se supone la ha acompañado.) No vuelvas por mí... Me acompañará mi hermano.
CEL. (¡Ella!)
NATI (¡Y sola!)
LOS. (¡Se nesesita tupé!)
CAR. (Avanzando.) ¡Señores!...
NATI (¡Yo la planto!)
MART. (Estremoso.) ¡Carolita adorable! (Habla con cierto misterio para despertar así la malicia de todos. Carola le oye intranquila, ansiando esquivarle.) ¡Mi enhorabuena! Esta tarde estaba usted encantadora; parecía la maja de Goya.
NATI (A Losada, por Carola y Martínez.) ¡Miosté, miosté!...

CAR. (Alejándose de Martínez.) (¡Qué nesio!) (A los otros.) ¿Y mi hermano? ¿Anda por ahí?

LOS. ¿Eh?... ¡Ah, no sé!... ¿Está? (A Nati.)

NATI ¿Cómo?

CAR (Turbadísima.) (¡Se burlan!)

NATI ¿Quieres que demos una vuelta, Selina?

CEL. Mejor será.

CAR. (Con indignación.) (Esto es una huída.) (Disimulando su profunda amargura, habla con tono amable y ligero.) Ya te ví en la plasa... (A Celina.) ¡Bien te has divertido!

CEL. (Displicente.) Sí... (A su madre.) ¿Vamos?

CAR. (Un poco agresiva.) La fiesta de algo nos ha servido.

LOS. (Con insidia.) ¡De mucho! (Silba.)

NATI Cuando menos para conoser á siertas niñas *degoyantes*.

SAL. (¡Vaya un publiquito!)

CAR. (Con mayor pesar.) (¡Debí suponerlo!) ¡Losada! (Volviendo á su tono ligero, pero no exento de ironía.) Esta tarde no quiso usted saludarme, y á usted siempre lo veo... con satisfacsión.

LOS. Y yo á tí... te veo también.

CAR. (A Arroyo.) ¡Chócalas, hombre! Hoy eclipsaste á Machaco.

ARROYO ¡Grasias!

CAR. No se habla de otra cosa.

ARROYO (Bromeando.) Sí, mujer... No seas modesta. Tú y yo... ¡ah! y Daubigny, compartimos hoy la popularidad. Somos ¡el suseso del día!

CAR. Todos estamos entonses de enhorabuena... (Habla sonriente, pero sangrando su ira y muy nerviosa.) Tú, (A Arroyo.) que has puesto *cátedra* de toreo; usted, terrible Pérez...

MART. ¡Martínez!...

CAR. Usted, Martínez, que asesinó sin piedad á las Fléridas provinsianas; y estos pobres, (A Nati, Celina y Losada.) que ya lograron tocar en alto la trompeta... Indudablemente la fiesta prometía.

NATI. ¿Es una lersión?

CAR. No. Ya sabe usted bastante.

NATI ¡Como osté habla munchas veses á tontas y á locas!...

CAR. Es verdad. Y ésta fué una de ellas... Hablé á tontas y á locos. (¡Gentusa!) (Mutis por la izquierda.)

ESCENA X

LOS MISMOS menos CAROLA. Al final, dentro, PERICO

ARROYO ¡De castigo!

SAL. ¡Camará con la endevidua!

CEL. ¡Un perrito rabiando!

DAU. ¡Oh! Sangre andalusa.

NATI ¡Pero qué sinismo! Por supuesto, heredao; que de atrás le viene al garbanso el pico.

LOS. Lo he tenido en la punta de la lengua.

MART. ¡Son ustedes injustos, señores!

NATI ¡Ya, ya está osté buen peine!

LOS. ¡Vamos! Por lo visto es usté ahora el... *predilecto.*

MART. ¡No, no, Losada! (Aunque lo niega hace por aparentar lo contrario.)

LOS. ¡Je, je! Estoy yo muy corrido, para que me la dé usté á mí.

MART. ¡Vaya! Si ustedes me aseguran guardar el secreto, les confesaré... (Se acercan todos, curiosos.)

NATI
LOS.
CEL. } ¿Qué?

PER. (Dentro.) Vuelvo; vuelvo ahora...

DAU. (Viendo llegar á Perico.) El hermano.

LOS. ¡Por vida de...!

MAR. (Como si acabara su relato; disimulando.) Pues nada, señores. Esto es todo.

NATI (Por Perico, que aparece.) ¡Qué oportuno es el sartamontes ese! Vamos, niña, que ya lo sabremos luego. (Se van las dos por la izquierda.)

ESCENA XI

DICHOS; por la izquierda PERICO. En seguida, por la derecha, MARUJA del brazo de PEPE RAMÓN é ISABEL cogida al de don RICARDO. Este viste de frac y Pepe de smoking

LOS. Ahí tienes á tu hermanita, hombre.

PER. Sí; se la he «colgado» á unas amigas, porque si me pesca, de *ofisio* toda la noche.

PEPE ¡Señores!... Buenas...

RIC. ¿Junta la pollería? ¿Con quién bailan las muchachas?

ISAB. ¿Qué? ¿Resulto? (Por su falda larga; al andar debe hacerlo con el embarazo propio de quien nunca la ha llevado, y pisársela alguna vez.)

ARROYO ¡Isabeliya!... ¡De largo!

SAL. Que sea enhoragüena.

MART. ¡Arrogantísima!

ISAB. Parezco más alta, ¿verdad?

ARROYO Y más mujer, y más... (Va á decírselo al oído, pero Salerito se interpone.)

SAL. ¡Cuidao! que Arroyo es más verde pa hablá cuna mosita vieja.

ISAB. No lo crea usted. Lo dise todo con puntos suspensivos... Lo mejor hay que figurárselo siempre.

PER. ¡Estás de primera, primilla!

ISAB. (Dándole con el abanico.) ¡Guasón! (Prosigue charlando con Perico y Salerito.)

PEPE (A Losada, con quien estará hablando.) ¿Sola? ¡No puede ser!

LOS. (Silbando.) ¡Se atreve á todo!

PEPE (Con enfado.) ¡Bueno! déjame... (Se sienta preocupado; al verle así, se le acerca Maruja.)

LOS. ¡Allá tú! Mi deber era advertírtelo. (Mutis por la izquierda.)

SAL. Si yo gastase los vestíos que se gasta don Martínes, mos lusíamos varseando los dos, Isabelita.

ISAB. ¿Y por qué no?

PEPE (A Maruja.) ¿Has oído?

MAR. ¡Sí, Pepe! Y veo que los recelos de todos pesan en tu ánimo, mortificándote.

PEPE Tú no has querido nunca, ¿verdad?

MAR. (Turbadísima.) No... ¡Nunca!

PEPE ¡Ya se conose! (Maruja clava en él una mirada de cariño y desconsuelo, que pasa inadvertida para Pepe.) El amor es así, Maruja; á un mismo tiempo duda y cree.

MAR. No basta quererla, si no tienes además el valor de tus convicciones.

PEPE ¿Y cómo? Ya ves; presisamente ahora, cuando su situasión es tan delicada, se compromete presentándose aquí sola, quisá por el gusto de dar una campanada.

MAR. ¡Quién sabe!

ARROYO (Que estará hablando con don Ricardo, Martínez y Daubigny.) ¡Hay que divertirse, don Ricardo! Ahora, á ver las fieras; y luego, unos buñuelitos... ¿Viene usté, Martínez?

MART. (Estupefacto.) ¿Yo?

ARROYO Le advierto á usté que no se le caerá ninguna... charretera.

MART. ¡Qué muchachos, conde!

RIC. (Socarrón.) Terribles. No piensan en nada serio.

MART. Así, nunca podremos europeizarnos.

DAU. ¡*Oh, la, la*! ¿Otra vez el extranjero en su patría? No sea usted... ¡*pelmaso*!

ARROYO ¿Esto?... Esto es más cansao que una gotera. ¡Camará! Pero, ¿á usté se le figura que aquí no sabemos más que tocar la guitarra y hablar de *Machaquito*? ¡Ay, qué grasioso! ¿Usté se cree que porque nos gustan la alegría y la buya y la chirigota, hay que borrarnos ya del padrón? ¡No, hombre! Nos divertimos cuando el cuerpo nos pide juerga, que nos la pide á menudo... ¡grasias á Dios!; pero si yega el caso de hincar el hombro, se hinca; y si tenemos que colgarnos un frac, nos lo colgamos, pero sin renegar nunca de nuestra *panera*. ¿No disen ustedes que la alegría es fuersa y salú del alma? ¡Pues entonses, gloria mía, calcule usté de lo que seremos capases aquí, donde se tumban de risa el

sielo, y la tierra, y las cayes, y los patios! ¡Aquí! donde los chiquituelos, al naser, sueltan una risotada para aspirar pronto y aprisa la ventura del vivir; ¡aquí! donde las hembras echan á borbotones la risa por la boca, por los ojos y por tó el cuerpo, para no *estayar* con el regosijo que yevan en su sangre gitana.

DAU. ¡Bravo! ¡*Bien gentil*!

ARROYO ¡Así somos! Y como vivimos debajo de este sol, hecho de encargo para nosotros; entre vino que hierve en las venas, y flores que recrean los sentidos, y mujeres que quitan la *cabesa*..., los *achares*, las alegrías, los amores, nos ensienden más que á ustedes, y vivimos con el corasón, sentimos con el corasón y hasta pensamos... ¡con el corasón!

SAL. ¡Superió!

RIC. ¡Muy bien, Arroyo!

ARROYO ¿Qué? ¿Vámonos la charpa?

SAL. ¡Arsando!

DAU. ¡Rasa bravía, rasa de hidalgos, mi don Martínez!

MART. ¡Y de holgazanes!

ARROYO ¡Olé, sí, señor! Y muchos vivos que lo saben, se nos pegan á los *costiyares* y á nuestra costa triunfan. ¡Qué quiere usté! Nos gusta dejarnos engañar y que ustedes ¡los europeos! nos tengan por primos. ¿Vamos?

DAU. *Allons.* (Riendo y charlando animadamente, se van Arroyo, Perico, Salerito y Daubigny.)

ESCENA XII

MARUJA, ISABEL, DON RICARDO, PEPE RAMÓN y MARTÍNEZ

MART. Estos señoritos flamencos son insufribles.

RIC. La edad, Martínez. Despreocupados, gosan de su juventud y su alegría. ¡Qué mejor, si viven!

MART. ¡Vegetan, conde!

RIC. (A las muchachas, temeroso de sufrir nuevas petulancias de Martínez.) ¿Qué? ¿dejáis los abrigos?

MAR. Sí; vamos.

MART. Cuento con que me concederá el vals primero, Isabelita.

ISAB. ¿El vals? Lo hablaremos, sí, señor.

MART. El brazo. (Ofreciéndoselo á Isabel.)

MAR. (Se coge al de don Ricardo; al salir ve á Pepe que continúa preocupado y tristón.) Ahora voy, don Ricardo. (Lo deja y se acerca, risueña, á Pepe. Los otros se marchan por la izquierda.)

ESCENA XIII

MARUJA y PEPE RAMÓN

MAR. ¿Te quedas, Pepe?... ¡Ay, hijo, qué antipático te pones!

PEPE Ya lo ves. Bastaron las imposisiones de mi padre, un disgusto nesio, para que Carola no perdone ocasión de ponerme en ridículo.

MAR. ¡Echa, hijo!... ¡Echa!...

PEPE En la plasa, ¿no la viste?

MAR. (Riendo.) ¿Celitos, ahora?

PEPE No; creo que todo eso lo hase por desesperarme, por el afán de dar que desir... ¡qué sé yo! por locura.

MAR. Sólo ha cometido una: la de quererte.

PEPE Eres tan buena, que te niegas á la realidad como ella estorbe á tus propósitos generosos, y ahora has tomado á pecho su defensa.

MAR. Lo merece.

PEPE Entre todos, tú eres únicamente quien la disculpa. ¿Por qué, Maruja? ¿Serás tú la que me engañas?... ¡Tú!

MAR. No, Pepe.

PEPE ¡Entonses!

MAR. Su irreflexión, sus ligerezas, sus ambiciones, sus coqueterías, si quieres, en el fondo, no son más que una cosa: miedo.

PEPE (Descreído.) ¿Miedo? ¿A qué?

MAR. A pensar en su posición y en lo incierto de su porvenir. Pon á Carola en un ambiente distinto del de su casa, en condiciones de

librarse de sus temores de hoy, junto á un hombre que la comprenda y sepa quererla, y lo hará dichoso. ¡Te lo aseguro!

PEPE — Lo mismo pensaba yo.

MAR. — ¡Y aun dudas!

PEPE — ¡Temo! que se le parese mucho. Y sin embargo, la deseo...

PEPE. — Sí; porque hoy la crees menos segura. Porque acaso muere vuestro cariño, y siempre lo que muere es lo que más adoramos.

PEPE — ¡Es posible! Dichosa tú, que no conoses estas amarguras.

MAR. — (Con pesar oculto) ¡Dichosa, sí!

PEPE — ¡Y ojalá que nunca sepas lo que es vivir, retorsiéndose uno mismo el corasón!

MAR. — (Habla por cuenta propia; con desconsuelo amargo, que da medida de lo penoso de su sacrificio.) ¡También así se quiere! Y acaso más hondo.

PEPE — ¡Verdad! (Pausa.)

MAR. — ¡Alma, Pepe! No vaciles; imponte y exige á todos que la respeten.

PEPE — ¡Bien ha sabido ganarte!

MAR. — De un modo muy sencillo; abriéndome su alma, pero con una nobleza tan grande, que hoy es Carola mi amiga mejor, una hermana casi. Si yo no hiciese lo que hago, sería una mala mujer, porque todo lo espera de mi amistad.

PEPE — ¡Bien te conose!

MAR. — Ahí viene... Háblale; lo quiero, Pepe. (Con cariñoso imperio.) ¡Te lo exijo! ¿Lo harás?

PEPE — Sí.

MAR. — Es lo menos que te toca hacer... (Satisfecha, con el gozo íntimo de quien ha cumplido un penoso deber, se va por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XIV

PEPE RAMÓN y CAROLA, por el primer término de la izquierda

PEPE — ¡Carola! (Un poco en son de reproche.)

CAR. — ¡Yo! Ya lo ves.

PEPE — ¿Por qué has venido? ¿No sabes lo que arriesgas?

CAR. ¡Todo!

PEPE Debiste evitarlo.

CAR. No me resigno á callar más. No merezco ni los enconos ni los despresios de la gente, y nesesito que lo sepan.

PEPE Mal camino elijes.

CAR. ¡Qué me importa!

PEPE Hoy, más que la fiesta, nosotros fuimos el espectáculo. Todos repararon en las deferensias de ese hombre; los ojos que nos espiaban, iban de tu sitio al mío, y á todos los labios asomaba una risita insolente, y el mismo pensamiento grosero les inspiró las burlas compasivas con que ya me acosan.

CAR. ¿Qué supones?

PEPE ¿Suponer? Los hechos me ahorran esa molestia.

CAR. (*Con sinceridad absoluta y muy digna.*) Que todos me crean una loca, no me extraña. Ellos no me conosen, porque mi vida, mis intimidades, mis prosederes, son míos. Pero tú sí, Pepe; tú lo sabes todo. A tí te hablé claro; tú sabes cuál es mi vida, la que no se enseña, y sin embargo vasilas y dudas...

PEPE ¡Y me atormento!

CAR. ¡Es lo humano! Ahora sufres, porque ya hirieron tu amor propio y el amor propio no perdona...

PEPE ¡Carola! (*Un poco humillado, por las rotundas verdades y la noble gallardía de la muchacha.*)

CAR. ¡Olvidemos!

PEPE ¡Eso nunca! (*Con calor.*)

CAR. Todo debe acabar entre nosotros. (*Con esfuerzo penoso.*) A desírtelo vine únicamente.

PEPE ¡No, Carola!

ESCENA XV

DICHOS y DON RICARDO

RIC. ¡Eso es! (*Con acritud.*) Vosotros aquí de palique, muy satisfechos, y Dios sabe lo que por allá dentro murmuran.

CAR. Mucho, tío Ricardo, y seguramente lo peor.
RIC. ¡Sí!
CAR (Abatida.) Ya lo oyes, Pepe. ¡Es presiso!
PEPE (Impresionado por su actitud.) ¡Carola!
RIC. ¿Qué? ¿Alguna locura nueva?
CAR. (Con amarga ironía.) ¡Al contrario! He roto con Pepe.
RIC. (Como no dándole crédito) ¿Tú?
CAR. Sí, señor... ¡Yo! Antisipándome á los deseos de todos.
RIC. (Sin reprimir su contento.) ¿De veras?
CAR. El desengaño de un momento enseña más que una vida, y este de hoy fué desisivo.
PEPE No seas niña, Carola.
CAR. Cuando una persona le sacrifica á otra sus alegrías, sus esperansas, su vida entera... tiene derecho á que se le reconozca ese sacrifisio; pero ya, ni eso pido.
RIC. ¡Carola!
CAR. Me basta con que usted lo sepa; á esos... (Por los del baile.) ni una palabra. (Un poco irónica.) Es una coquetería.. ¡La última! (Con emoción intensa; como si hubiese agotado sus energías, sale llorando.)

ESCENA XVI

DICHOS, LOSADA y NATI

NATI ¡Josús, cómo va esa mujer!
LOS. (Radiante.) Por lo visto, el desahusio fué completo. ¡Je, je!
NATI ¡Que sea enhorabuena, don Pepe Ramón!
LOS. ¿Te has convensido ya?
PEPE ¡Calla, nesio!
LOS. Entra y entérate. Martínez te desbancó, y creo que con ventaja. ¡Je, je!
PEPE (Enérgico.) ¡Losada!
LOS. Hijo, el propio Martínez lo asegura...
PEPE ¡Miente! Y no lo repitas tú, porque... (Amenazador.)
RIC. ¡Pepe!
PEPE ¡Déjame! (Se va, desesperado, por la izquierda.)

ESCENA XVII

DICHOS y PERICO

PER. ¡Señores!
RIC. ¿Dónde andas tú?
LOS. ¿Y los otros?
PER. Ya vienen... ¡superiores!
LOS. Tampoco te descuidas tú. ¡Je, je!
PER. ¡Bah! Una dosena de copas sobre el nivel ordinario.
RIC. Con rasón disen de tí tantas desvergüensas.
PER. ¡De mí! ¿Pero qué disen? ¿Que me las arreglo de modo que no hay garata donde yo no esté? ¡Verdad! Algo contribuye mi... temperamento, sí, señor, pero hase más la tontería de los ricos. ¿Quieren rodearse de pelagatcs que los admiremos, y que les riamos sus patoserías, y lusirnos en sus coches y en sus palcos, para que todos sepan que gastan doble: lo suyo y lo de los convidados? Pues si lo quieren, que se *chinchen*... y lo paguen. ¿No es rasonable? Lógica pura, tío Ricardo.
RIC. ¡Sí! Hoy os dió por lo rasonable. (Se va por la izquierda malhumorado.)
PER. Lo peor es sacar los piés del tiestesito. ¿Verdad, Losada? ¿Qué dises tú?
LOS. Que Pepe acaba de darle á tu hermana unas calabasas enormes. (Silbando.) ¡Enormes!
PER. (Sorprendido, pasando de su tono alegre á una seriedad grande.) ¿Qué?
LOS. (Socarrón.) No te apures, hombre... ¡Hay susesor!
PER. (Empujándole con violencia.) ¡Quita, imbésil! (Mutis por la izquierda.)
LOS. (Cae sobre un asiento y pone cara de terror al darse cuenta del estallido de su pantalón.) ¡Ay!
NATI ¡Josús! Deme osté la mano.
LOS. Grasias. Ya puedo. (Levantándose.) ¡Eh! ¿Ha visto usté qué fresca le he soltado?
NATI ¡Y qué ancho se habrá osté quedado!

LOS. ¡Ay! no lo sabe usté bien... ¡Muy ancho! pero todavía me falta el golpe final... Venga usté. (Se van por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA XVIII

Por la izquierda MARTINEZ, mirando hacia el baile. En seguida por la derecha, ARROYO, SALERITO y DAUBIGNY, algo templadillos; á su tiempo PEPE RAMÓN

MART. ¡Lo inevitable! Me parece que le voy interesando...

ARROYO ¡Martínez! (Dándole en el hombro derecho.)

SAL. ¡Don Martines! (Idem en el izquierdo.)

MART. ¿Qué hay?

ARROYO (Repitiendo el manotazo.) ¡Vaya con Martínez, hombre!

SAL. (Lo mismo.) ¡Olé ahí, por don Martínes!

MART. ¡Señores!

ARROYO (A Martínez, burlonamente.) ¿Qué, arregló usté ya el *modus vivendi* con Carola?

MART. (Sonriendo malicioso con aires de triunfador.) ¡*Pchss*!

SAL. (Dándole de nuevo en el hombro.) ¡Enhoragüena, don Martínes!

ARROYO (Lo mismo.) Mañana le cobramos el piso.

DAU. ¡*Oh, la, la*! ¡Muy tipíco! Está interesante por un extranjero... cobrar el piso.

MART. (Vano.) ¡Por Dios, señores! Seamos discretos. Los hombres de mundo, ciertas cosas debemos callarlas...

PEPE (Que ha salido momentos antes.) Y otras (Con acritud.) no inventarlas, Martínez.

MART. ¿Es un reproche?

PEPE ¡Como usted quiera! Mentir para que la malisia cunda y le aplaudan todos supuestos favores, es indigno.

MART. (Desconcertado,) ¿Y yo?

PEPE ¡Usted, sí, señor...! (Agresivo.)

DAU. (Interponiéndose.) ¡Pepe!

ARROYO ¡Pepiyo, hombre!

PEPE (Tratando de soltarse.) Dejadme.

ESCENA XIX

DICHOS y MARUJA, que sale presurosa

MAR. (Al ver la actitud de Pepe.) (¡Lo que yo me temía!) ¡Señores! (Avanzando muy risueña y jovial.) Martínez... creo que... Isabelita... (Se ve que cuanto dice es un ardid para cortar el incidente.) sospecha que usted haya olvidado el vals que le prometió.

ARROYO (¡Valiente quite!)

MART. (Comprendido, Maruja.) Ya lo oye usted, Pepe... Luego, me pondré á su disposición.

PEPE Y yo quedo á la suya. (Martínez saluda solemnemente y se va por la izquierda.)

SAL. (A Pepe) ¡Tírese osté á la oya!

ARROYO ¡No te acalores así, Pepiyo!

DAU. Hoy está ocasión unicamente de selebrar nuestro suseso... ¿Asepta usted una copa de champagne?

PEPE Asepto, Gustavo, y le agradezco su intensión

MAR. ¿Buscas un nuevo escándalo?

PEPE No.

MAR. Evita entonces las tonterías.

PEPE Descuida. (Se va con Salerito por la izquierda.)

DAU. Estoy un grande amigo de Pepe... ¡Confíe usted á mí! (Mutis.)

ARROYO Y si es presiso yo echaré un capote también, Marujita. (Mutis.)

MAR. Gracias, gracias...

ESCENA XX

MARUJA y DON RICARDO

RIC. ¿Qué ha susedido? ¿Tú sabes?

MAR. ¡Todo! Y esto no puede continuar. ¡Sería una infamia!

RIC. Pero, ¿qué dises?

MAR. Carola está en evidencia ahora más que nunca.

RIC. ¡Otra vez! (Con disgusto.)

MAR. (Resueltamente.) ¡Y ciento, don Ricardo! Carola sufre... El cariño de Pepe es su vida, y no ha de renunciarlo hostigada por el encono de todos.

RIC. No; por sus ambiciones solamente.

MAR. ¿Y quién no las tiene? ¿Qué muchacha, en su edad, no sueña con lo mismo? Córdoba no lo es todo. En el mundo hay alegrías, placeres, goces desconocidos, que nos atraen con el encanto del misterio... ¿Soñó con ellos? ¡Bien! Pero aun en esos sueños de venturas, todas las compartía con Pepe.

RIC. Es posible, porque Pepe era el *medio*. (Alude al dinero.)

MAR. ¡Por Dios, don Ricardo! Lo quiere por él; sin concesiones á nada. Si buscase en Pepe una vida de lujos y placeres, en vez de apartarle de los extravíos de antes, hubiera hecho de ellos la salvaguardia mejor de su egoísmo. ¡Piénselo usted!

RIC. ¡Bueno, sí! Quiero creerte... (A un gesto de reconvención que Maruja hace.) Es más... ¡Te creo! ¿Pero qué buscas?

MAR. ¿Qué?... Lo que no fué antes, debe serlo ahora.

RIC. ¡Maruja!

MAR. Pepe Ramón quiere á Carola, como ni él mismo sospecha... ¡Me consta! Verlos unidos será mi obra más grande, mi alegría mayor... (Con exaltación.)

RIC. (¡Diablo de muchacha!) (Entregándose.)

ESCENA XXI

DICHOS é ISABEL

ISAB. (Alarmada.) ¿No sabéis?

RIC. ¿Qué?

ISAB. ¡Oh! Es una osadía...

MAR. ¡Habla!

ISAB. Como vino Carolilla sola, y no sé qué ha pasado entre Pepe y ese Martínez...

MAR. ¡Sigue!

ISAB. Alguien, no se sabe quién, trata de indicar á la comisión de orden la conveniensia de insinuarle á Carola...

RIC. (Sobresaltado; con ansia.) ¡Acaba!

LOS. Que debe retirarse:

MAR. ¡Qué bochorno!

RIC. ¡Gentusa!

MAR. ¡Vea usted mis temores!

RIC. ¡Tarde! Pero caro han de pagármelo si se atreven á tanto...

ESCENA XXII

DICHOS y PEPE RAMÓN, que trae del brazo á CAROLA. Esta con abrigo

PEPE Afortunadamente, ya no hase falta, porque yo he sabido evitarlo.

RIC. ¡Menos mal!

PEPE Pero aun así, comprenderás que las responsabilidades son mías y tengo que aseptarlas.

RIC. Ese es tu deber.

CAR. (Abrazándole.) ¡Tío Ricardo!

PEPE He dudado, he resistido contra tí, contra mí mismo; pero ya no, Carola, porque tú llenas mi vida. (Con pasión.)

MAR. ¡Vea usted, don Ricardo! El verdadero cariño triunfa de todo.

CAR. ¡Sí! He tenido que arrancarlo de entre ruindades y enconos, pero ya es mío...

PEPE ¡Tuyo!

CAR. Porque llegó hasta él un *rayo de sol*, (Por Maruja.) que alumbró con su luz las negruras de tu alma.

PEPE ¡Carola!

(Dentro, en el salón, se oyen las imprecaciones y el revuelo producido por una riña; entre un grupo, que no pasa del fondo y en seguida desaparece, se abre paso Perico, nervioso, descompuesto y con las ropas en desorden. Le siguen, apaciguándole, Arroyo, Salerito y Daubigny.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS; PERICO, ARROYO, SALERITO y DAUBIGNY

PER. (A su hermana.) Anda, vámonos, niña.

CAR. ¿Qué te pasa?

PER. ¿A mí? Nada.

RIC. Pero, ¿qué es eso?

ARROYO Martínez que dijo una inconveniensia y Perico le ha largao un sopapo, pero hasta las sintas.

RIC. ¡Bien hecho, Perico!

PER. ¡Qué pensaba usted! También los sinvergüensas tenemos nuestro decoro.

RIC. Andad, vámonos. Os llevaré en mi coche.

CAR. No se moleste usted.

PER. Grasias, tío Ricardo. Esta noche la acompaño yo, y ahora satisfecho.

CAR. ¡Adiós, Maruja! (Besándola con efusión.) Mi dicha te la debo.

MAR. ¡Carola! (Muy emocionada.)

CAR. ¡Isabel!... ¡Tío!... ¡Buenas noches, señores!

ARROYO ¡Me alegro! Porque esto es darles la puntiya.

CAR. ¡Hasta mañana, Pepe!

PEPE ¡Hasta mañana, Carola! (Con pasión y estrechándole la mano de modo cordialísimo. Carola se va por la izquierda, del brazo de Perico, y sin dejar de mirar á Pepe. Dentro se oyen los preludios de un rigodón.)

MAR. (Acongojada, mirándola ir.) ¡Qué alegre va!

ISAB. (Radiante.) ¡Y tú te alegras también!

MAR. ¡Mucho! (Mintiendo una alegría intensa para disimular su congoja.) Las tristezas están reñidas conmigo. ¿No lo sabes? Me llamais... *Rayo de sol*, y el sol es luz y alegría.

ISAB. (Abrazándola.) ¡Maruja!

MAR. (Sin fuerzas ya, pretende reir aún, pero entrecortan su voz los sollozos y habla con un desconsuelo profundo, que debe contrastar con la alegría de la última categórica afirmación.) Dijo bien la gitana... Parece que me han colgado en el alma ¡¡campanillitas de oro!!... (Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOSÉ LÓPEZ SILVA

La calle de Toledo.
¡Véase la clase!
Chismes y cuentos.
La clase baja.
El cabo Baqueta (3.ª edición.)
Los descamisados (5.ª edición.)
Los Inocentes.
El coche correo.
Las bravías (4.ª edición.)
La revoltosa (14.ª edición.)
La chavala (3.ª edición.)
Los tres millones.
Los arrastraos.
El gatito negro.
Instantáneas (2.ª edición.)
Los buenos mozos (2.ª edición.)
El barquillero (10.ª edición.)
El siglo XIX.
El capote de paseo.
La Tremenda (3.ª edición.)
El Puesto de flores (3.ª edición.)
La parranda.
La chica del maestro (2.ª edic.)
El ciego de Buenavista.
La Borracha (2.ª edición.)
Zarzamora.
El alma del pueblo (3.ª edición.)
Mariposas blancas.
El noble amigo (2.ª edición.)
Sangre moza (3.ª edición.)
El Gallo de la Pasión (2.ª edic.)
El estudiante (2.ª edicion.)
¡Apaga y vámonos! (3.ª edición.)
La vuelta de presidio.
Ninfas y sátiros (2.ª edición.)
Rayo de sol.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Migajas, colección de diálogos (2.ª edición)
Los barrios bajos, ídem íd. (5.ª edición.)
Los madriles, ídem íd. (3.ª edición.)
Chulaperías, ídem íd. (2.ª edición.)
Gente de tufos, ídem íd.

OBRAS DE JULIO PELLICER

Fiera vencida, monólogo dramático, original y en prosa.

Dos medallas, monólogo extravagante, original y en prosa.

La coleta del maestro, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, en colaboración con los señores Larra y Blanco-Belmonte, música del maestro Cereceda.

Zarzamora, comedia en un acto, original y en prosa, en colaboración con López Silva.

Mariposas blancas, comedia en dos actos, original y en prosa, en colaboración con López Silva.

Sangre moza, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, en colaboración con López Silva, música de los maestros Valverde. (3.ª edición.)

El Gallo de la Pasión, entremés en prosa, original, en colaboración con López Silva, música de los maestros Valverde. (2.ª edición.)

El Gallo de la Pasión, ídem íd. íd. (sin música).

Ninfas y sátiros, sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, original, en colaboración con López Silva, música del maestro Lleó. (2.ª edición.)

Rayo de sol, comedia en dos actos, original y en prosa, en colaboración con López Silva.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Pinceladas, con una carta prólogo de Manuel Reina y versos de Salvador Rueda. (Edición agotada.)

Tierra andaluza, prólogo de Salvador Rueda.

A la sombra de la Mezquita.

EN PREPARACION

Entre jaras y nardos, novela andaluza.

La Samaritana, ídem íd.

Precio: 1,50 pesetas